

UN LUGAR EN EL OLVIDO

PROGRAMA
EDITORIAL
CHIHUAHUA

Rebeca Favila

Un lugar en el olvido

Rebeca Favila



Colección
Con trayectoria

Marco Antonio Bonilla Mendoza

Presidente Municipal de Chihuahua

María Fernanda Bencomo Arvizo

Directora del Instituto de Cultura del Municipio

Vocales Editorialistas (Jurado)

Alfonso Granillo

Aranza Domínguez

César Ilzivir

Cynthia Piñón

Gustavo Macedo

Ruby Myers

Verónica Granados

Víctor Hernández

José Arturo Santillanes Hernández

Programa Editorial

Heber Mauricio Rivera Anguiano

Fomento a la lectura

Diseño y maquetación

 **@somoscreatura**

Avenida Juárez y calle Sexta, #601,
C.P. 31000, colonia centro.

ISBN en trámite ante INDAUTOR

Prohibida la reproducción total o parcial del contenido de esta obra por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, sin permiso previo por escrito del autor y del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua.

PRIMERA EDICIÓN / AÑO 2024



*Sin los libros, las mejores cosas de nuestro mundo se
habrían esfumado en el olvido.*

—Irene Vallejo

Pocas cosas han influido tanto en el desarrollo y transformación de la historia humana, como la invención de la escritura, pues escribir nos permite moldear y dar forma al pensamiento en una proporción no alcanzada por ninguna otra de las artes. Así, desde el Gobierno Municipal seguiremos promoviendo el Programa Editorial Chihuahua (PECH), por medio del Instituto de Cultura, ya que ello representa una oportunidad para los nuevos escritores.

Debemos recordar la importancia del PECH como una colección de obras que ha dado y dará voz a las y los autores chihuahuenses, pues la literatura, es decir, el arte de la palabra escrita, es un instrumento y una habilidad que nos brinda identidad. Las personas son lo que leen, y también lo que escriben. Para este año, además, conscientes de que nuestra infancia y nuestra juventud también merecen un espacio propio, presentamos por primera vez la colección infantil y juvenil.

De esta manera, el gobierno municipal continuará apoyando a las y los autores locales, como una muestra de su compromiso con las artes y la cultura chihuahuenses.

Marco Antonio Bonilla Mendoza

Presidente Municipal de Chihuahua

*La primera persona en la que
deberías pensar en complacer al
escribir un libro es a ti mismo.*

–Patricia Highsmith

En el Instituto de Cultura del Municipio estamos muy contentos de presentar la nueva colección del Programa Editorial Chihuahua (PECH) 2024. Programa que sigue siendo un espacio vital que da voz a las y los autores locales, cuyas obras reflejan la riqueza y diversidad de nuestra cultura. Hoy, más que nunca, es crucial seguir publicando relatos, cuentos, poemas y novelas de alta calidad, y nos enorgullece anunciar que, por primera vez, también incluimos literatura infantil y juvenil.

Agradecemos profundamente a nuestros autores, a la comunidad cultural, y al invaluable apoyo del Gobierno Municipal, que hacen posible que este proyecto siga adelante. Sigamos formando nuevas generaciones de lectores que fortalecerán el tejido cultural de nuestra sociedad.

Con gratitud y alegría,

María Fernanda Bencomo Arvizo

Directora del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua

Una visita a Recuerdos: buscando un lugar en la memoria

Las historias fundacionales siempre adquieren dimensiones míticas. Contar una historia es una de las acciones más humanas, se trata de compartir aquello que hemos vivido, con el entusiasmo de lo aprendido y lo descubierto, con aquello que nos emociona o nos dejó profundas heridas. Sin embargo, cada que contamos una historia nos damos cuenta de que no es la misma: la memoria no siempre alcanza a recordar todo y cada vez nos encontramos ante nuevos hallazgos o nuevas omisiones, dándonos como resultado historias siempre diferentes. Quizá ahí está la magia de lo que nos contaban nuestros abuelos. Así, como un teléfono descompuesto, las historias van cambiando y adquiriendo otras características, que las dotan de una atmósfera mágica, en donde la esencia se conserva, pero las recordamos desde los ojos de lo maravilloso. No por nada Rebeca comienza el libro con la sentencia de Elena Garro, porque somos, junto con los lugares y las cosas, memoria y la memoria que se tenga sobre nosotros, es decir, la forma en que nos recuerden.

Por eso, escuchar a nuestros antepasados, es

un ritual enmarcado por el asombro. De ahí que gran parte de la tradición literaria latinoamericana nace de la oralidad, de lo impresionante que resulta volver los ojos a los paisajes primigenios y escuchar aquello que se cuenta de una generación a otra, y que cada vez se va nutriendo con elementos más increíbles, desbordados en imaginación. Rebeca Favila forma parte de este ritual. En *Un lugar en el olvido* somos testigos de cómo, asombrada por las historias familiares, crea y recrear un pueblo que podría ser el mismo en el que habitan sus antepasados o podría ser cualquier pueblo de cualquier lugar: si Elena Garro sitúa sus recuerdos en Ixtepec o Juan Rulfo condensa el olvido en Comala, Rebeca Favila nos enuncia la poética de sus cuentos desde Recuerdos, un lugar a la orilla del mundo, en donde la memoria ya casi no sirve pero los recuerdos son entes vivos; si García Márquez tornó Aracataca en Macondo y Jesús Gardea hizo que Delicias fuera Placeres, Rebeca Favila hace del desierto un lugar menos hostil, donde el frío pega duro, pero el amor lo vuelve un entorno cálido y amable.

De esta manera vemos desfilar en el libro la genealogía de un pueblo: sus orígenes, sus creencias, sus tradiciones, sus rituales, sus amores,

sus penas, sus miedos, sus alegrías, sus tragedias, sus condenas. Si José Emilio Pacheco ya nos había tendido la trampa de la memoria en el inicio de *Las batallas en el desierto*, ahora Rebeca nos habla no sólo de las trampas, sino de las consecuencias. Por eso al hablar de la memoria, al recordar Recuerdos, diremos: me acuerdo, no me acuerdo, ¿cómo pasaron las cosas?

En este libro de cuentos, que bien podría ser una novela o un álbum de fotografías y memorias, nos encontramos con muchas historias que son una misma: las que hablan del nacimiento de una comunidad, las que rozan lo sobrenatural, las que son profundamente humanas y por lo mismo son peores que las sobrenaturales, las anécdotas cotidianas que terminan por volverse historias asombrosas al verse atravesadas por el filtro de la memoria, que son, a fin de cuentas, las historias que atesoramos como recuerdos: esas que decimos en voz baja, casi como secretos, porque los murmullos y silencios, la pluralidad de testimonios a manera de voz coral, son las voces que van tejiendo la estructura del libro, que va de la prosa al verso, y nos recuerda a las letanías que rezaban las abuelas, con la musicalidad de las oraciones y el misticismo de los silencios, para recordar que alguien o algo tendrá que protegernos.

Finalmente, si somos polvo y en polvo nos convertiremos, nos sabemos atados a la tierra, así como el más viejo de los Buendía, por eso nunca podremos dejar el lugar al que pertenecemos. Así con Recuerdos. Seguramente ahí pasó algo mágico y quien llega de visita, siempre quiere regresar, sentencia la autora. Ahora los personajes de este pueblo habitan en nuestra cabeza para no irse y con cada lectura nos sumergiremos en el río de llanto que atraviesa estas páginas para darnos cuenta de que siempre somos distintos y lo que se cuente de nosotros siempre será diferente. Tal vez Heráclito tenía la razón.

Luis Fernando Rangel

Un lugar en el olvido

Rebeca Favila

A Mayola y Cruz, por iniciar esta historia

*Estoy y estuve en muchos ojos. Yo sólo soy memoria
y la memoria que de mí se tenga.*

Elena Garro

Recuerdos está casi en la orilla de ningún lugar.

Ahí el viento pasa lentamente a las
cinco de la tarde.

El calor no se siente y el frío pega con ganas.

Ahí sólo hay unas cuantas memorias,
incluida la mía,
que ya casi no sirve.

Genesis

Sentados a la sombra de un gran mezquite, estaban Isidro, Pedro, Antonio y Juan de Dios. Venían muy cansados de trabajar. Se echaban aire con los sombreros y suspiraban de pensando en la larga jornada que les esperaba al día siguiente.

—Oiga, mi don —comenzó Pedro, bajando su sombrero para ver bien a Isidro—, ¿estará bueno pedirle al patrón que nos deje poner unas casitas aquí? Estamos algo lejos del pueblo y no estorbaríamos a nadie. Es un buen tirón la vuelta a la capital para estar yendo y viniendo a trabajar. Mi esposa ya está enojada porque casi no me ve.

Isidro se quitó el sombrero de la cara y se acomodó para recargarse en el tronco del mezquite. Su vista se fue al gran terreno que tenían enfrente: unos cuantos mezquites adornaban el paisaje desértico, muy a lo lejos se alcanzaba a ver la orilla del río que alimentaba el pueblo cercano, no había nada más.

Isidro se levantó despacio, volvió a colocarse el sombrero en la cabeza y cruzó los brazos.

—Sí estaría bueno. Yo creo que podemos hablar con el patrón para que nos deje traernos a nuestras familias y empezar algo aquí. Unas cuantas parcelas, un par de vacas y viviríamos a gusto.

—¿Estás tierras son del patrón? —preguntó Antonio, incorporándose.

—Según yo, no. Las tierras del patrón terminan en ese canalito de ahí —contestó Juan de Dios, señalando el pequeño arrollo que tenían a unos cincuenta metros—, todo lo demás todavía no tiene dueño.

—Ya está. Es de nosotros. —Aplaudió Pedro, levantándose con rapidez.

—Calmado —dijo Isidro con seriedad—. Si queremos estas tierras hay que hacerlo todo por lo legal. No quiero tener problemas con nadie. Menos como están las cosas ahorita. Apenas se andan calmando las aguas de la Revolución, no quiero que piensen que andamos todavía con esas cosas.

Pedro volteó la vista hacia la hacienda que se alcanzaba a ver a lo lejos. La emoción de pensar en que por fin tendría algo suyo estaba empezando a acelerarle el corazón, pero no estaba dispuesto a pelear, pese a que su padre le había dicho que sólo así se hacía escuchar uno.

—Por mí, bien —dijo al fin—. ¿A dónde hay que ir primero?

Isidro lo miró contento. Juan de Dios y Antonio se les acercaron, se colocaron el sombrero y con eso Isidro supo que se unían a la idea.

—Primero hablamos con el patrón, a lo mejor él nos puede ayudar. —Isidro se fajó bien el pantalón y regresó al mezquite para agarrar su morral—. Luego ya veremos, mientras, yo creo que podemos ir pensando en el nombre.

Un remolino de tierra se levantó de repente envolviendo a los cuatro hombres. Sus sombreros volaron y chocaron contra el mezquite. Antonio y Pedro se rascaban de prisa los ojos, pues sentían que se les habían llenado de arena; Juan de Dios corrió a alcanzar su sombrero antes de que se fuera más lejos.

Isidro volteó a ver el mezquite para localizar su sombrero y, por un momento, creyó ver un rostro que sonreía. Se talló los ojos y fijó nuevamente la vista hacia el árbol, pero no había nada.

—Si vuelvo a perder un sombrero mi esposa me corre de la casa —dijo Juan de Dios incorporándose al grupo mientras se acomodaba el sombrero.

El resto ignoró que sus sombreros estuvieran tirados lejos y siguieron hablando.

—Pues yo digo que tiene que ser un nombre que la gente nunca olvide —propuso Pedro.

—¿Cómo qué? —preguntó Antonio, aún tallándose los ojos. La tierra le picaba.

Ninguno dijo nada por un rato. El viento volvió a cubrirlos en un remolino.

Un susurro.

El corazón de los cuatro hombres se aceleró. Isidro sintió que sus pies echaban raíces. Las sintió tan clarito que las botas comenzaron a calarle.

Un susurro.

Pedro sintió una nostalgia repentina que le llenó los ojos de lágrimas. ¿Este sería su hogar?

Un remolino más grande.

Juan de Dios se llevó las manos al pecho. El corazón le latía hasta casi hacerle perder el equilibrio.

Silencio.

Antonio podía sentir la tierra llenándole la cabeza, el cuello, el pecho. Sentía la tierra muy dentro de él.

A lo lejos se escuchó un gallo cantar. Eran las cinco de la tarde.

—Cambio de tiempo —anunció Pedro.

Los demás asintieron.

Fue algo inaudito y se lo platicarían a sus nietos tiempo después. Los cuatro se miraron y dijeron al unísono:

—Recuerdo.

Rieron tan fuerte que a lo lejos alguien pensó que el sol ya les había hecho perder la cabeza.

Luego de ponerse de acuerdo para ir a hablar con el patrón, los cuatro hombres se encaminaron a la parada del camión que los llevaría de regreso a sus casas en la capital.

Un par de semanas después comenzaron a construir las primeras casas del pueblo. El mezquite donde inició todo sería el centro de una bonita plaza.

No se explicarían cómo es que ese árbol no se secó nunca.

La puerta de hierro

La familia Montalván era conocida en Recuerdos por ser lo más trabajadores. Todos, incluidos los niños, se levantaban a las cinco de la mañana para empezar sus trabajos. Los hombres se encaminaban a las labores para hacer lo que correspondiera ese día; las mujeres alistaban el lonche de sus maridos e hijos, dejaban las casas bien limpias y se salían un rato a enterarse de las novedades; los niños desayunaban y se alistaban rápido para emprender el camino a la escuela.

Nadie tenía queja de los Montalván. Descendientes del mismísimo Pedro Montalván, fundador de Recuerdos, se enorgullecían de que todos en el pueblo pudieran acudir a ellos porque nunca quedaban mal. Todo arreglaban, todo vendían bien, en todo apoyaban y nunca llegaban tarde a ningún lado. La palabra de un Montalván era la certeza más grande que podías tener en tu vida.

Por eso, cuando Armando Montalván nació, todos llegaron a pensar que no era hijo legítimo de Ernesto. Era un niño torpe, flojo y renegón. Su madre lloraba día y noche porque el niño no le hacía caso: tiraba la comida, rayaba las paredes, apedreaba a las gallinas y muchas veces lo cacharon fuera

de su salón en horario de clases. Cuando lo mandaban a hacer trabajos en la granja siempre hacía algo mal: se le salían las ovejas del corral, tiraba el maíz cuando lo sacaba de los costales y quebraba cada escalera que le ponían para que limpiara las jaulas que tenía su madre con periquitos.

Ernesto llegó a pensar que su hijo hacía las cosas adrede, que sólo era necesario unos cuantos cuartazos para que agarrara el rumbo, pero el niño de pronto cumplió dieciocho años y se volvió peor.

Cada semana le hablaban a Ernesto de la comandancia porque habían encontrado a Armando ahogado en alcohol en alguna esquina. No duraba en ningún trabajo porque todo se robaba y con todos salía de pleito. Ernesto estaba seguro de que tenía un par de nietos regados en los pueblos vecinos, porque había escuchado la fama que tenía Armando de coqueto.

Armando Montalván era la vergüenza de la familia. Los únicos que lo frecuentaban eran sus abuelos, que siempre le regalaban una medalla de la Virgen de Guadalupe para que lo cuidara.

—Ya no sé qué hacer con este muchacho, mamá —decía Ernesto jalándose el cabello.

Su madre, con la lentitud propia de sus setenta años, se encaminó a la silla donde estaba y le dio un beso en la cabeza.

—Es que le hace falta ir la Puerta de hierro. No quisiste llevarlo cuando era niño, por eso se te alebrestó.

—Son puros cuentos tuyos. —Ernesto se levantó de la silla, abrió el refrigerador y destapó una cerveza.

—No, mijo, algo tiene esta familia que si no llevan a los niños a la Puerta de hierro cuando son chiquitos, se descarrilan. Algo pasó ahí con don Pedro que provoca esto. —La mujer se sentó, se quitó el rosario que llevaba al cuello y se lo extendió a su hijo—. Toma. Ve hoy a medianoche con Armando. Dile que se pare justo abajo del letrero de la puerta y aléjate lo más que puedas sin perderlo de vista. Desde donde estés, empieza a rezar un rosario, y cuando escuches a la lechuza cierra los ojos. Pero bien cerrados, Ernesto, sino te van a robar la memoria.

Ernesto le dio un trago a su cerveza y miró a su madre con duda. Dejó la cerveza sobre la mesa y se cruzó de brazos.

—¿Por qué yo no me acuerdo de haber ido ahí de chiquillo?

—Porque no debes recordar.

—¿Qué no debo recordar?

—Lo que viste ahí.

—¿Usted si lo recuerda?

—No, mijo, aunque quisiera, yo no tengo sangre Montalván, a mí eso no me pasó. Sólo te estoy repitiendo lo que me dijo tu abuela que hiciera.

—¿Mi papá se acuerda? Pa' preguntarle.

—No lo hagas. Ningún Montalván debe recordar lo que pasa en la Puerta de hierro.

—Se me hace que namás me está cotorreando. Que me está dando el avión porque ya se enteró que voy a mandar a Armando a trabajar en las minas con su tío Luis.

—Hazlo. No hagas más preguntas y hazlo. Ya mañana me agradeces —terminó de decir su madre y se levantó.

*

Eran las once de la noche cuando Ernesto y Armando se encaminaron a la Puerta de hierro, la entrada a las labores del pueblo. Ernesto había convencido a su hijo con el pretexto de invitarle un par de cervezas después. Seguía dudando, pero valía la pena intentar. Entre más cerca estaban, más apretaba el rosario que se había echado al cuello. Se estaba poniendo nervioso y no sabía por qué.

—¿Qué le pasa acá? ¿Todo bien? —preguntó Armando al ver que su padre comenzaba a sudar.

—Sí. Este lugar siempre me provoca escalofríos.

—¿Apoco tiene miedo? ¿Cree en todas las cosas que dicen de aquí? —rio Armando.

—¿Qué dicen?

—Pues que se aparecen fantasmas, que un perro negro sale en la madrugada a llevarse a los niños que andan solos, y demás tonterías de esas.

—No sabía. Nunca me entero de lo que andan diciendo.

—Pues ya lo sabe. ¿Qué vamos a hacer aquí?

Ernesto y Armando habían llegado. El letrero de hierro se alzaba sobre sus cabezas. “Sólo pasan los bondadosos”, decía con letras de un dorado desgastado. Ernesto sintió un escalofrío y la sensación de que tenía que correr. Respiró hondo y se giró para ver a su hijo, quien ya estaba cruzado de brazos pensando en cómo irse de ahí.

—Te vas a quedar aquí hasta que yo venga por ti. No te muevas. Y ya llegando a la casa te tomas las cervezas que compré en la tarde.

El semblante de Armando cambió. Una molestia enorme se dibujaba en su rostro.

—¿Y por qué me voy a quedar aquí? ¿Quién va a llegar o qué?

—Quédate aquí y no hagas preguntas. Es nada más para que tu abuela esté contenta.

Armando bufó dándole la espalda a su padre.

—Bueno. Aquí me quedo. Pero si se tarda mucho, me voy a ir, ¿eh? No quiero estar aquí como menso.

Ernesto asintió y se encaminó a unas tapias que quedaban cerca. Se metió entre una puerta caída y se acomodó en lo que antes había sido una ventana. Desde ahí podía ver perfectamente a su hijo parado bajo la Puerta de hierro. Ya debía ser casi medianoche, así que comenzó a rezar.

Las perlas de rosario pasaban entre sus manos y no pasaba nada. Su hijo se había sentado en la tierra y aventaba piedras a los matorrales que había cerca.

Iba por el tercer misterio cuando todo quedó en silencio.

Era un silencio extraño, de esos que dolían.

Ernesto miró a su hijo. Armando ya se había levantado y fijaba su vista hacia el camino que iba a las labores. Estaba viendo algo. Ernesto no alcanzó a ver si era una persona o algún animal, pero Armando comenzó a avanzar.

El miedo le arrebató el aliento a Ernesto.

¿Miedo?, ¿a qué?

Se aferró al rosario con fuerza y continuó con el Ave María que había dejado a medias.

Algo le decía que no se detuviera.

¿Quién?

Apenas alcanzaba a ver la silueta de Armando entre los matorrales. Parecía que estaba hablando con alguien.

¿O algo?

Ernesto estiró el cuello lo más que pudo, pero no alcanzaba a distinguir nada más.

Empezó a temblar. Quería salir corriendo. Sus piernas parecían estar atadas a algo. La lengua se le había secado y sentía que se ahogaba.

Seguía rezando.

Armando seguía parado hablando con alguien.

¿O algo?

Ernesto quiso levantarse. Tenía que llevarse a su hijo. Tenía que salir de ahí. Las piernas no le respondían.

Seguía rezando.

Cada vez más rápido.

El silencio tomó fuerza.

Ernesto tomó aire y se aferró tanto al rosario que sus nudillos se pusieron blancos. Quería gritarle a Armando, pero su boca estaba seca. Se ahogaba.

Luego lo escuchó.

El aleteo.

Giró la vista y en el árbol que estaba junto a la

tapia había una lechuza blanca. Esta le devolvió la mirada.

Cierra los ojos.

Ernesto no podía dejar de verla. Parecía que se desfiguraba. No podía distinguir si su rostro era el de un animal o el de una mujer. El rosario en sus manos se estaba quebrando por la fuerza de su agarre.

Cierra los ojos.

Su hijo. ¿Dónde estaba Armando?

Ernesto giró rápidamente hacia la Puerta de hierro. Vio a Armando. Flotaba.

Quiso llamarlo, pero la lechuza emprendió el vuelo. Pasó justo frente a sus ojos. Ernesto se tiró al suelo, cerró los ojos y la escuchó.

El grito de una mujer. El grito más espantoso que había escuchado nunca.

Y lo recordó. Por unos segundos recordó. No debía hacerlo. Así que se levantó, de un sólo movimiento agarró una piedra que estaba cerca y se dio con toda su fuerza en la cabeza.

*

—Papá. Papá, levántese. Tengo que llevarlo con el doctor. Se me va a desangrar. ¿Me escucha?

El dolor le atravesaba toda la cabeza y no podía abrir los ojos.

—¿Se puede mover? Sino pa ir a ver quién me puede auxiliar.

Ernesto logró abrir un ojo, el único que podía. Armando estaba arrodillado junto a él. Se podía ver la preocupación en su rostro.

—¿Me escucha?

Ernesto logró asentir.

—Deje ver quién anda despierto. No lo puedo sacar yo solo.

—No —susurró Ernesto—. Yo puedo. Sólo ayúdame a sentarme. —Su voz apenas se escuchaba.

Armando hizo lo que le ordenó su padre. Se acomodó de tal forma que Ernesto pudo usarlo de apoyo para acomodarse y recargarse en la poca pared. Se quejó cuando, al querer ponerse en pie, el dolor le volvió a atravesar los ojos. Se llevó la mano a la cabeza y la sintió húmeda.

—Se dio un buen catorrazo. Hay que llevarlo con el doctor para ver si no tienen que meterle aguja. Tenga, apriete la herida con esto. —Armando le extendió a su padre un pañuelo azul que sacó de su pantalón.

Ernesto lo tomó y lo apretó en su herida para detener la sangre que empezaba a llegarle al cuello.

—¿Qué pasó? —preguntó con la voz rasposa.

—¿Qué pasó de qué?

—Allá en la puerta. ¿Qué viste? ¿Con quién hablabas?

—Con nadie, usted me dejó solo. Ya me estaba aburriendo cuando escuché el golpezote y vine corriendo. Nada más a usted se le ocurre meterse en una tapia que se está cayendo.

—¿Y la lechuza?

—¿Cuál lechuza?

—La que se paró aquí. La vi volar hacia ti.

—Se me hace que el golpe le movió bien feo las ideas. No hay nadie aquí más que usted y yo, y no hay ninguna lechuza.

—Ah.

—Y mire, hasta trozó el rosario de la abuela. A ver si no se le enoja mañana.

Ernesto vio en el suelo el rosario de su madre. Estaba roto en varias partes, las perlas se salían del hilo y las pequeñas cruces parecían quemadas. Se giró hacia el árbol donde vio a la lechuza, pero no había nada.

No es tiempo de recordar.

Volvió la vista a su hijo, este le regresaba la mirada con preocupación.

—¿Nos vamos a la casa?

—Sí, vámonos.

*

Al día siguiente, a las cinco de la mañana, Armando se levantó para ayudar a su madre a alimentar a los animales. Ella, extrañada, lo dejó ayudarla. Durante la tarea, Armando le platicó a su madre con entusiasmo que quería terminar bien la escuela para poder irse a estudiar a la capital, pero que antes quería dejar un ahorradito para que no fuera a faltarles nada cuando no estuviera. Por un momento desconoció a su hijo, pero no objetó nada de lo que le platicaba.

Ernesto se levantó tarde ese día. El golpe en la cabeza todavía le dolía y el doctor había recomendado reposo hasta que se desinflamara la herida. No recordaba la piedra, tampoco el miedo, así que le dijo a su esposa que se había caído dentro de la tapia por la mala luz. Cuando llegó a la cocina se encontró con su hijo, bañado y cambiado, listo para suplir las tareas que no podría hacer su padre.

—Nos vemos en la tarde, voy a venir a comer — se despidió Armando. Se afanó bien el sombrero y caminó hasta la troca que estaba en la entrada.

Ernesto y su esposa se voltearon a ver extrañados, pero contentos.

—Parece que me lo cambiaron —bromeó la mujer. Y siguió lavando trastes.

*

En mi cuerpo quedarán
todos los pecados de tu sangre.
Y será hasta que el pueblo
arda
que tu familia podrá
sonreír.

Recuérdalo, Pedro.
Recuérdalo.

El periquito de Elena

Martín Montalván había terminado su relación con Elena Espinoza debido a los celos excesivos de esta. Llevaban dos años de noviazgo y la familia de Elena comenzaba a pensar que la boda estaba próxima.

El día que terminaron, Martín había comprado un ramo de rosas y pensaba dárselo para felicitarla por haber terminado sus estudios para ser maestra. En el camino se había topado a Margarita Parsimonia, la hija del doctor, quien llevaba con dificultad varias bolsas con mandado. Martín tuvo la atención de ayudarla a llegar a su casa tomando algunas de las bolsas, y Elena alcanzó a ver cómo Margarita le daba un abrazo al despedirlo.

Elena sintió que el pecho se le salía del coraje, y haciendo torbellinos de tierra en su andar apresurado, se detuvo frente a Martín para darle una sonora cachetada. El ramo de rosas salió volando unos metros más adelante. Martín por poco pierde el equilibrio, no había visto venir a Elena.

Entre gritos, lágrimas y manotazos, Martín dio por terminada la relación ante los ojos de todas las personas que iban saliendo de la misa de mediodía. Elena, avergonzada, recogió rápidamente el ramo de rosas que estaba tirado y se fue corriendo a su casa mientras las lágrimas iban cayendo sobre las flores.

*

Los días comenzaron a pasar y Elena pensó que tras un tiempo Martín cambiaría de parecer, pero su negativa constante a retomar la relación hizo que Elena poco a poco fuera perdiendo la cordura.

Comenzó a seguirlo hasta la labor y lo veía de lejos mientras trabajaba; esperaba fuera de misa para acercársele e intentar platicar con él, a pesar de que todos la juzgaban duramente con la mirada; dejó de asistir a los cursos previos que debía tomar para comenzar su labor como maestra por estar al pendiente de lo que hacía Martín. Todos empezaron a tenerle lástima.

*

Pasados un par de años, la situación aminoró hasta que todos en Recuerdos pensaron que Elena ya había olvidado por completo a Martín. Su vida estaba totalmente dedicada a la docencia y a su padre, que estaba enfermo y ya no podía valerse solo.

La veían andar lentamente por la plaza paseando a su padre en la silla de ruedas. Algunos decían que suspiraba con fuerza y el viento a su alrededor se volvía más caliente. Incluso hubo quien aseguró que algunas aves revoloteaban a su alrededor cantando el nombre de su amado.

Pero el teatro volvió a presentarse cuando Martín Montalván hizo oficial su relación con Margarita Parsimonia. Ese día vieron a Elena salir de su casa corriendo hasta perderse en las labores. Quienes la vieron pasar dijeron que iba llorando sangre del coraje que se le veía en la cara. Otros intentaron ayudarla, pues parecía que iba fuera de sí, y recibieron el golpe rotundo del aire que iba dejando a su paso.

Durante una semana no supieron nada de ella. Su padre había agarrado fuerzas de quién sabe dónde para levantarse e ir en su búsqueda, hasta que de repente apareció. Venía exactamente igual a como estaba el día de su desaparición. No tenía ni una sola mancha en el pulcro vestido azul que portaba. Su cabello estaba perfectamente acomodado en una trenza que le caía por su hombro derecho.

Todos se le acercaron sorprendidos, muchos sólo por curiosidad y otros por genuina preocupación.

—¿Dónde has estado niña? ¿No ves que a tu padre casi le da algo de no saber de ti? —le reclamó Josefa, su vecina.

—Lo que importa es que estoy aquí —contestó Elena con total tranquilidad.

De pronto salió de entre los pliegues de su vestido un pequeño periquito verde. Alzó el vuelo rápidamente para posarse en el hombro izquierdo de

Elena y ahí se quedó. Todos estaban asombrados, ese tipo de animales no eran tan comunes en Recuerdos. ¿De dónde lo habrá sacado?

Elena ignoró las preguntas que le hacía la gente y regresó a casa de su padre, quien lloró de felicidad al verla viva.

*

Algunos meses pasaron en los que sólo se le veía a Elena en la escuela y en misa, siempre acompañada del periquito, que no se movía a menos que Elena quisiera acomodarse la trenza. Hubo quienes se dieron cuenta de que Elena hablaba con el periquito y muchos dijeron que llegaron a escucharlo contestar.

Parecía que la situación con Elena estaba tranquila, hasta que Martín anunció que se casaría con Margarita. Ese día vieron al periquito volar cerca de la casa de Martín.

En la cena del compromiso, Margarita creyó escuchar a lo lejos una voz ronca que llamaba a Martín, pero no le dio importancia, estaba demasiado feliz de saber que pronto tendría su propia familia al lado de quien había sido siempre su hombre ideal.

Luego de comer bien y brindar un par de veces, las familias se despidieron, y cuando iban saliendo al jardín escucharon con claridad:

—Martín, mi amor, ven.

Ambas familias giraban la vista a todos lados, no había nadie más que ellos.

—Martín, mi amor, te amo.

Volvieron a escuchar. Parecía venir del cielo. Era una voz extraña. Eso los asustó.

—Martín, mi amor, aquí estoy.

Margarita alcanzó a distinguir entre los árboles la figura de un pajarito que se movía cada vez que la voz hablaba. Corrió para conseguir ver mejor y el periquito salió volando al ver que la mujer se acercaba al árbol.

—Martín, Martín, tú eres mi vida —dijo el ave antes de perderse en la lejanía.

El suegro de Margarita estalló en carcajadas, no podía creer hasta dónde había llegado Elena con tal de llamar la atención de su hijo. Martín estaba molesto, era inaceptable que Elena hubiera adquirido un periquito sólo para molestarlo. Margarita, por otra parte, estaba preocupada, sentía dentro de sí algo que le decía que aquello no estaba bien.

*

A partir de ese día, a las cinco de la tarde, la gente de Recuerdos escuchaba al periquito entre los árboles gritando:

Martin, mi amor, te amo.

Martin, cariño, ven.

Martin, mi amor, eres mío.

Luego de un par de horas, regresaba a casa de Elena, se acomodaba un rato en la reja de enfrente y esperaba a que Elena saliera a abrirle la puerta. Luego, la casa de Elena quedaba totalmente a oscuras, ninguna luz se volvía a prender hasta muy entrada la madrugada. Nadie sabía qué sucedía ahí dentro.

Las primeras semanas fue divertido escuchar al periquito, la mayoría de la gente adoraba el chisme, y ver a Martín ponerse colorado con las letanías del periquito era el mejor entretenimiento.

Pasado un mes la gente empezó a fastidiarse y empezaron a visitar a Elena para pedirle que callara al ave.

—Él dejará de salir a cantar cuando Martín regrese a mí con el corazón en la mano —les decía Elena cada que alguien iba a reclamarle.

Martín hacía caso omiso de lo que le decían las personas. Ya estaba preparando todo para irse a la capital en cuanto pasara la boda, y no tenía tiempo ni interés en caer en los chantajes de Elena.

Margarita comenzó a preocuparse cada vez más. No le había platicado a nadie, pero por la ma-

ñana, cuando apenas estaba saliendo el sol, escuchaba cómo el periquito se posaba afuera de su ventana, luego de unos minutos empezaba:

—Margarita, Margarita, sola, solita —repetía el periquito. Y cuando Margarita se disponía a correrlo, desaparecía.

Quería aferrarse a la idea de que sólo era una artimaña más de Elena para intentar recuperar a Martín, pero los nervios no la dejaban en paz. Algo le decía que tenía que salir de Recuerdos pronto.

Así que aceleró la boda. Sin decirle a nadie, más que a sus padres y suegros, Margarita organizó una ceremonia religiosa, entablando cartas con el Padre Tadeo, quien aceptó las súplicas de la mujer por verla tan asustada. Se casarían el domingo por la mañana, sustituyendo la misa normal, por lo que no se tendrían que preocupar de invitar a nadie, porque las familias estarían puntualmente. La idea era que Elena no supiera nada, para que no pudiera evitar la boda o querer hacerle algo a los novios.

*

Un día antes de la ceremonia, Margarita se encontraba en casa de sus suegros preparando lo último para irse a escondidas a la iglesia.

—Te digo que nadie te verá —le decía su sue-

gra—, por la mañana yo me llevo tu vestido a la oficina de la iglesia para que, en cuanto llegues con tu madre, te lo pongas. Martín llegará directamente a la iglesia y se cambiará en el confesionario. El Padre Tadeo ya está enterado de todo. Él también quiere que todo esto del perico se acabe.

Margarita respiró hondo. Estaba a punto de empezar a contar el miedo que le daba volver a ver al periquito en su ventana cuando Martín entró con un ramo de rosas.

Margarita olvidó todo por un momento y corrió a los brazos de su prometido. Se abrazaron con fuerza y Margarita le llenó la cara de besos mientras tomaba las flores.

—Gracias, Martín. No puedo esperar a ser tu esposa.

Martín sonrió y depositó un pequeño beso en el dorso de su mano. Margarita sintió más seguridad y esa noche durmió tranquilamente.

*

Por la mañana, ya en la oficina de la iglesia, Margarita terminaba de alistarse. El vestido de novia de su madre le quedaba a la perfección, no había tenido que mandarlo a arreglar. Se veía en el espejo y no podía creer que ya fuera a casarse.

—Te ves divina —le dijo su madre.

—Toda una mujer —añadió su padre—. Iré a la entrada. Ya Martín debe estar listo y la gente habrá comenzado a llegar.

Margarita les sonrió y se giró para verse nuevamente en el espejo, pero algo más robó su atención.

El periquito estaba en la ventana, cubierto de sangre.

Margarita iba a avisar de la presencia del animal cuando escucharon un gran estruendo dentro de la iglesia.

Los padres de Margarita corrieron inmediatamente a ver qué había pasado, dejando a Margarita en la oficina. Apenas iba a moverse para seguirlos cuando escuchó una carcajada.

Era Elena.

Margarita tomó la falda del vestido y salió corriendo hacia el jardín donde había escuchado la voz. Ahí no había nadie. Volvió a escuchar la carcajada. Corrió rumbo a la plaza y alcanzó a divisar a Martín, parado al otro lado de la calle, frente a la casa de Elena.

Pese a los tropezones, y que escuchaba cómo su vestido se rasgaba por correr, Margarita no se detuvo hasta que llegó a donde estaba Martín.

—Amor, amor, ¿qué estás haciendo aquí? Vamos a casarnos —le dijo Margarita tomando aire.

Martín le daba la espalda. Se acercó rápido para verlo a la cara y un escalofrío le recorrió el cuerpo.

Martín llevaba su traje blanco de novio, tenía la mirada perdida y el pecho cubierto de sangre. Al principio, Margarita pensó que sólo era una gran mancha, pero observando bien, el agujero en el pecho era más que obvio. Entre sus manos llevaba algún tipo de carne que aún derramaba sangre, pero al acercarse más se dio cuenta: era un corazón, su corazón. Antes de que el grito de terror saliera de su garganta, Margarita vio al periquito salir del agujero del pecho de Martín:

—Martín, mi amor, te amo —dijo el periquito antes de emprender el vuelo.

Margarita escuchó nuevamente la risa de Elena. El cuerpo de Martín se desplomó en el suelo y Margarita perdió la conciencia.

El periquito no fue visto nunca más en Recuerdos.

*

¿Sabes qué me gusta de aquí? Que casi no hay ruido. A veces escucho mis pensamientos, a veces me gritan, y está bien, sólo aquí pasa eso.

Por eso no he podido irme, porque sé que a donde sea que vaya no habrá un silencio como el de aquí: tan tranquilo, tan asombroso.

Mi abuela siempre decía que aquí hasta los balazos se tiran en silencio.

Yo creo que sí, que aquí pasó algo mágico hace mucho tiempo, por eso quienes nacimos aquí batallamos para irnos, para quitarnos la tierra del cuerpo y seguir más allá. Por eso nunca puedes olvidarte de este lugar cuando vienes de visita, algo siempre te quiere hacer regresar.

Pero el silencio, de verdad que el silencio asusta.

Desde aquí puedo escucharlo todo, porque no hay más ruido que el que hace uno, o no sé si me explico, pero es que deberían venir, para que lo entiendan.

A mí me dicen mucho que tenga cuidado, porque me la paso en silencio y que eso me puede hacer daño, pero yo no les hago caso. Me gusta escuchar mis pensamientos. Me gusta saber que la voz de mi cabeza a veces es más cuerda que yo.

No sé, quizá necesitan vivirlo, porque no sé qué tan bien me pueda explicar.

El caso es que el silencio.

El silencio se hace más pesado con los años.

A veces duele.

A veces lastima y te hace sangrar.

¿O quizá lo hice yo?

No sé.

Pero a veces me asusta tanto silencio, no debe ser normal.

El extranjero

María era la menor de la familia Parsimonia. Todos querían a María porque su nacimiento había traído buena fortuna a la familia.

El día de su nacimiento, su padre, Isidro, había sido nombrado presidente seccional de Recuerdos. Un día después del parto, su madre, Julia, se enteró que había ganado la lotería, el premio chico, pero al fin un premio. Esa misma semana habían nacido dos yeguas y las gallinas pusieron más huevos que antes. Además, su hermana más grande, Amelia, había salido de su cuarto dando saltos por toda la casa porque su enamorado, el guapísimo Alfredo Pinto, le había enviado una carta declarándole su amor.

Desde ese día todo el pueblo vaticinó que la vida de María estaría llena de suerte y alegría. Y así lo creyó María durante dieciocho años, hasta que Lorenzo Rossi se presentó en el pueblo.

*

El sol ya estaba cayendo cuando María fue enviada a la tienda para comprar un poco de pan para la cena. Su hermana Amelia iría a la casa para empezar a organizar los quince años de su hija Sofía. María no quería ser partícipe de la organización, que-

ría aplicarse en sus clases de costura para empezar a vender sus propios diseños en la tienda familiar, y sabía que, si su madre lo ordenaba, tenía que estar presente en cada detalle de la organización.

Caminaba tan ensimismada, viendo la tierra que levantaban sus zapatos, cuando chocó de frente con alguien más.

—Perdón, no lo vi —se disculpó de inmediato levantando la vista con pena.

—No se preocupe, yo también iba distraído —contestó el joven con rapidez.

María supo en ese momento que el joven no era de ahí. Jamás lo había visto y no se parecía en nada a ninguna de las familias que habitaban Recuerdos. Alto, de tez blanca, cabello castaño claro y ojos verdísimos.

—Soy Lorenzo Rossi, tengo poco viviendo aquí —dijo el joven, como leyéndole los pensamientos.

—Ah. Yo soy María, hija de Isidro Parsimonia, mucho gusto.

Ambos extendieron la mano y la estrecharon un poco más del tiempo normal. María se fijó que el verde de sus ojos parecía brillar con la tenue luz de las lámparas de la calle, y algo le decía que se quedara.

—Bueno, cuando quiera se puede pasar a la tienda a saludar. Casi siempre estoy ahí con alguna de mis hermanas.

—Le tomaré la palabra —sonrió Lorenzo.

Y María sintió que se derretía el suelo.

*

Así comenzó todo. Lorenzo empezó a ir cada tercer día a la tienda de la familia Parsimonia con el pretexto de comprar algo para sus proyectos personales, pero siempre buscaba platicar, aunque sea un par de minutos, con María. Ella, encantada, le ofrecía varios productos para poder darle un breve recorrido por la tienda y estar más tiempo con él.

Luego de dos meses de visitas a la tienda, Lorenzo se animó a escribirle una carta para confesarle su intención de cortejarla.

La felicidad de María no se pudo ocultar durante la tarde. Caminaba por la casa y su madre creyó ver que dejaba pétalos de rosa a su paso. Su hermano mayor, César, también se dio cuenta de la tremenda sonrisa en el rostro de su hermana, y fue cuestión de ver la reacción de María al ver entrar a Lorenzo a la tienda, que todo tuvo sentido.

El coraje que sintió fue tal que por un momento ardió fuego en sus manos. Quiso ir y correr al italiano de la tienda, pero sabía que su madre no

permitiría tal desplante en su negocio, así que se fue directamente al patio, ensilló su caballo favorito y emprendió camino hacia la oficina de su padre, en la presidencia.

Apenas entró a la oficina, Isidro se dio cuenta de que algo malo estaba pasando, y dejó todo lo que estaba haciendo para prestarle atención a su primogénito.

—El italiano anda pretendiendo a María —dijo César con coraje.

Isidro se levantó con rapidez y pidió explicaciones. César inventó que María le coqueteaba al joven Lorenzo y que este había tomado su mano en más de una ocasión mientras estuvieron solos en la tienda. Isidro ardió en cólera, no podía ser posible que propia hija estuviera haciendo semejantes cosas en el negocio familiar.

*

María estaba cosiendo una falda para su madre cuando Isidro entró echando fuego por todos lados. La acusó de cusca, de mala hija, de manchar el nombre de la familia; María no pudo hablar siquiera ante el montón de cosas que le gritaba su padre, apenas atinó a decir que sólo había recibido una carta. Isidro exigió ver la carta, María se la entregó con rapidez y, después de haberla leído, la rompió y tiró al fuego de la estufa.

—No te quiero ver cerca de ese extranjero —espetó con rudeza—. No quiero que nuestro apellido se vea manchado por gente que quién sabe quién es.

—Papá, él...

—¡No quiero saber nada! —gritó—. No sé qué te habrá dicho el joven ese, pero sólo miente. Así son esos. Enamoran a las jovencitas, las engatusan, hacen con ellas lo que les da la gana y luego las desechan. En esta familia eso no va a pasar.

Isidro salió del cuarto tan rápido que las fotografías de las paredes tambalearon.

María se dejó caer en la silla donde estaba co-siendo y dejó que las lágrimas le recorrieran las mejillas. Antes de que la puerta se cerrara por la ventisca ligera que emanaba su tristeza, alcanzó a ver la mirada de maldad en los ojos de César. Y el corazón se le rompió aún más.

*

María tenía prohibido atender la tienda, no podía salir sola a ningún lado, ni siquiera asomarse por las ventanas. Todos en la casa la vigilaban con recelo, pues en un par de ocasiones la vieron hablando con los pajaritos y creyeron que intentaba enviarle un mensaje a su enamorado.

De la alegre y vivaz María no quedaba nada. Más

que saber que no podría hacer su vida con el hombre que ella quería, lo que la lastimaba era ver a su familia como carceleros. Dolores era quien tenía más compasión por su hermana, y era por eso que no les permitían estar solas. Incluso Amelia, que ya no vivía en la casa, se encargaba de que María supiera que estaba del lado de su padre.

Toda la fortuna que vaticinaban para María había terminado.

*

Un par de semanas después del regaño, María estaba cosiendo cerca de la ventana, cuando entró una carta. Pasó por la pequeña abertura que quedó y dio un breve recorrido por el cuarto hasta caer en el regazo de María. Esta se conmocionó, pero de inmediato se dio cuenta que aquella carta desprendía olor a romero: era de Lorenzo.

María,

Ya me contó Dolores todo lo que sucedió con tu padre y tu hermano. Me la encontré ayer en la iglesia y le supliqué que me diera razones de ti. Me había empezado a preocupar por tu ausencia, pero la entiendo totalmente.

Te envío esta carta para decirte que mi corazón

*sigue siendo tuyo, y eso no va a cambiar.
Usa el viento para decirme todo lo que quieras
decirme. Cuéntale todo lo que quieras contarme,
él sabrá cómo hacerme llegar el mensaje.*

Tuyo, Lorenzo.

María suspiró con emoción, abrazó la carta a su pecho, le dio un beso y rápidamente la colocó debajo del colchón. Se acercó nuevamente a la ventana y la abrió en su totalidad. Miró la luna, que esa noche iluminaba toda la calle, y cerró los ojos.

Comenzó a hablarle a Lorenzo, a contarle el sufrimiento que estaba pasando al sentirse prisionera en su propia casa. Al final, lanzó un beso, diciéndole que esperaba pronto estar con él. Ideó un plan para poder verse, que le contó al viento, y se fue a acostar un poco esperanzada.

Una ráfaga de aire llegó de repente, un montón de hojas secas se levantaron y rozaron el rostro de María.

*

El domingo temprano, antes de irse a misa, María fingió un ligero mareo y pidió quedarse acostada para reponerse. Sus padres la miraron no muy convencidos, pero aceptaron al ver que el rostro de María se tornaba verdoso.

Todos salieron de la casa, excepto María y su sobrina, Chuyita, quien sería la encargada de contar cada cosa que hiciera su tía mientras todos estaban en misa.

María le dijo a su sobrina que haría una bebida para calmarse el estómago, Chuyita pidió que le compartiera un poco, pues había desayunado mucho y sentía pesadez en la barriga. María aceptó gustosa.

Poco tiempo después, Chuyita se quedó dormida, y María salió por el patio rumbo al lugar de encuentro.

Lorenzo la esperaba con una margarita blanca en las manos. María sonrió al verlo, y no pudo evitar extender sus brazos para dejarse abrazar por su amado. El abrazo duró tanto que María sintió frío al separarse de él.

—Querida, no sabes la emoción que siento de verte aquí conmigo. Por favor, vayámonos en este momento. Ya sé que tu padre no me quiere, piensa que sólo he venido a traer mala fortuna. No quiere ni aceptarme una reunión de negocios, sólo se me ocurre que nos vayamos.

La propuesta tomó a María por sorpresa, y aunque una parte de ella decía que sí con todo su corazón, había otra que temía. Ella sabía que no estaba

bien fugarse, sabía que su familia podría quedar marcada de por vida, pero sabía que quizá sólo así podría ser feliz.

—Necesito que me digas si me amas, si piensas casarte conmigo, porque no quiero irme a una tierra que no conozco y que me abandones.

María habló con determinación. Lorenzo sonrió, tomó las manos de María y las besó.

—Me casaría contigo en este mismo momento —dijo, después de colocarle la margarita en el cabello.

La sonrisa de María no cabía en su rostro. Y sin esperarlo, Lorenzo depositó un pequeño beso en los labios de María.

El viento se levantó y envolvió a la pareja en un torbellino de hojas y flores.

Al separarse, María supo que no había nada más que esperar. Planearon, considerando todos los detalles, la fuga que realizarían en tres días.

La emoción que ambos sentían era tanta que por poco olvidaban que la misa estaba a punto de terminar y María debía volver a casa.

—Nos veremos en tres días. Por favor, no me dejes esperando.

—Nunca —susurró Lorenzo, besando a María nuevamente—. Para que veas que todo esto es enserio, te entrego esto. —Lorenzo se separó de

María, se quitó uno de los anillos que llevaba en su mano y se lo mostró—. Este anillo lo hice yo mismo cuando empecé con la herrería. Lo hice de un clavo que me encontré en el campo. Es muy valioso para mí porque fue mi primer trabajo y siempre me recuerda que todo lo puedo lograr. Es tuyo.

Lorenzo tomó la mano izquierda de María y puso el anillo justo donde va el anillo de bodas. Selló aquella promesa con un beso. María lo abrazó con felicidad, y comenzó su camino de regreso a casa.

*

Pasados los tres días, María comenzó su parte del plan para ir al encuentro de su prometido. Metió lo esencial en una pequeña bolsa y se puso el vestido más bonito que tenía. Había dejado su cuarto limpio y acomodado, no quería ser más molestia para su familia. Mientras comían, María guardaba silencio, esperando.

Dolores comenzó a toser, primero ligeramente, luego con mucha fuerza. Su madre se levantó de inmediato para ver la razón de la tosedera de su hija, cuando César se dio cuenta.

—El pan tiene crema de cacahuete —gritó con preocupación.

El caos que comenzó en la casa fue digno de una obra de teatro. Todos comenzaron a correr: Isidro,

con toda la calma que el susto le provocaba, ordenó que metieran a Dolores rápidamente a la troca; su madre agarró su bolsa y tiró el delantal; César cargó en peso a Dolores, quien ya no podía moverse; Amelia tomaba a su hija de la mano y la guió hasta la troca, donde todos ya estaban arrancando para llegar con el doctor.

Nadie se percató de que María se había escabullido al jardín y corría con todas sus fuerzas hacia donde estaba Lorenzo. Deseó con todas sus fuerzas que Dolores encontrara la carta en la que le confesaba que ella le había puesto crema de cacahuete a su pan y que esperaba su perdón algún día.

*

En la estación de trenes, Lorenzo ya estaba listo con sus maletas. María llegó por detrás de él, sorprendiéndolo. Se abrazaron nuevamente.

—¿Estás emocionada por conocer un nuevo mundo? —le preguntó Lorenzo a María mientras la alejaba de él para besarle la frente.

—Estoy emocionada de estar contigo

—contestó María.

Ambos se sentaron en una pequeña banca que estaba cerca de las vías. Ahí esperarían hasta que llegara el tren que los llevaría a su primer destino.

Hablaban con algarabía sobre todo lo que visitarían llegando a Europa, sobre su boda y los hijos que tendrían, cuando María vio a su hermano, César, entrar encolerizado a la estación. María apenas iba a girarse a Lorenzo para advertirle cuando César ya estaba frente a ambos echando fuego de los ojos.

—Ya sabía yo que todo el teatro de Dolores era para irte con este cabrón, pero a mí no me engañas.

—Ya estuvo bueno, César, no me importa lo que diga la gente, yo me quiero ir con Lorenzo —le dijo María, apretando los puños para intentar no gritar.

—¿Te vas a ir? No creo que quieras dejar a tu familia ahora que Dolores ya no está.

—¿Qué?

—Como lo oyes, Dolores se murió por tu tontería. Vine nada más a avisarte, ya puedes hacer lo que quieras. —César miró a Lorenzo y escupió a sus pies, luego comenzó a caminar lejos de la pareja, rumbo a la salida.

María estaba como piedra. El cuerpo se le puso helado de repente y sintió que le faltaba el aire.

Su hermana había muerto.

Su hermana había muerto por su culpa.

Su hermana, su hermana querida ya no estaba, y era su culpa.

Lorenzo abrazó a María para intentar contener el llanto que comenzaba a correr de sus ojos y que amenazaba con inundarla.

El tren llegó puntual a la estación y todos a su alrededor comenzaron a abordar.

—Lorenzo, mi hermana... mi hermana... —balbuceó María.

—Lo siento tanto, quería mía, no puedo imaginar el dolor que estás sintiendo.

—No puedo irme, tengo que verla, tengo que pedirle perdón.

—Hazlo, regresa a tu casa y guárdale el luto que se merece. Yo no puedo quedarme, tengo que llegar a mi casa para asegurarme que todo sigue en pie y está listo para recibirte.

—No quiero...

—Yo sé, pero no te apures. Yo regresaré por ti en invierno. Lo prometo. En cuanto esté instalado buscaré la manera de escribirte. Pero en invierno regresaré, María, regresaré por ti. Lo prometo.

Pese a las miradas, María y Lorenzo se dieron un beso para sellar aquella promesa. Antes de subirse al tren, María abrazó a su amado y le susurró todo lo que sentía por él.

Al ver que el tren avanzaba, María agarró su ma-

leta y corrió a su casa. Ya después enfrentaría a su padre, ahora sólo quería estar con su hermana.

*

Al llegar a casa encontró todo muy sereno. Sobre la mesa aún estaban los platos que había dejado su familia al salir corriendo al doctor. María dejó la maleta junto a la puerta y llamó a su madre.

—Salió con mi padre a buscarte —contestó Dolores, saliendo de la cocina—. Pensé que ya estarías lejos.

Fue como si su cuerpo recuperara el calor. María corrió a abrazar a su hermana y volvió a llorar.

—Perdóname, perdóname tanto, no quería que te pasara nada... pensé que estabas muerta.

—¿Muerta? No —dijo María consternada—. En cuanto llegamos al doctor me pusieron esa cosa que me ponen cuando la alergia me pega fuerte. No duré ni cinco minutos ahí. ¿Quién te dijo tal cosa?

—César. Fue a la estación y me dijo...

—Ese desgraciado —espetó Dolores, tomando las manos de su hermana con fuerza—. Debió sospechar de tu huida. Se lo inventó para que no te fueras. Yo supe desde que vi que le ponías cacahuete al pan lo que ibas a hacer, intenté durar más tiempo en el doctor para que pudieras irte tranquila...

El llanto de María fue más fuerte aún. Abrazada a su hermana, se derrumbó en un mar de tristeza y desilusión. Ya no podría alcanzar a Lorenzo, ahora sólo tendría que aferrarse a la promesa de verlo en invierno. Tendría que aguantar hasta entonces el castigo que le impusiera su padre.

*

Y así pasó. María fue prácticamente encerrada en su cuarto después de que a su padre le llegaran los chismes de que su hija se estaba besando con el italiano en la estación. Ahí pasó varios meses en soledad, acompañada sólo de su máquina de coser. Lo único que la mantenía con vida era saber que en invierno volvería a ver a Lorenzo. Sólo ese pensamiento la hacía resistir las burlas y maltratos de su hermano que, celoso, aprovechaba cualquier oportunidad para desquitarse con su hermana.

Lo que nunca sabría María es a cuál invierno se refería Lorenzo, pues el tiempo pasaba y su prometido no se aparecía en el pueblo. Gracias a su hermano, y pasados dos años, María comenzó a hacerse a la idea de que, en efecto, Lorenzo no la quería de verdad.

Pero muy lejos, cruzando el mar, la familia Rossi seguía llorando la pérdida repentina de su primogénito, quien en un intento por hacer que el viento de Italia le hiciera llegar una carta con flores a María, había caído por un acantilado, llevándose su promesa.

*

*El amor será lo último que toque tu puerta.
Aquellos que quieran amar
deberán cruzar primero el campo en llamas
y llegar hasta mi
con el corazón tan puro
que de verdad les crea.*

El barranco

Era tiempo de ir a los temporales, había invitado a algunos amigos y ese viernes en la mañana organizamos nuestros morrales, montamos nuestros caballos y emprendimos camino hacia la labor de mi tío Francisco. A la cabeza iba Esteban Mendoza, primo mío de parte de madre; a su lado estaba Rogelio Calixto, un amigo muy querido de mis años de infancia; junto a mí estaba Ramón Chaires, mi hermano de pila y futuro cuñado. Habíamos sido amigos desde hacía unos tres años y cada dos meses nos íbamos a acampar a los temporales. La vez pasada nos habíamos reunido para castrar becerros y arrear algunas vacas, hoy sólo íbamos para hacer una despedida de soltero a Ramón, quien en una semana exacta se casaría con su novia de toda la vida, mi hermana.

Recuerdo cómo se contentaron mis padres cuando Ramón fue a pedir la mano de Estela. No había duda alguna de que era un buen muchacho y no tenían ningún pendiente de que sería un buen esposo para mi única hermana. Se habían conocido desde niños y a los quince años ya andaban paseando de la mano en la plaza. Estaba feliz por ellos.

Fue sólo una hora de camino en caballo, íbamos riendo, contando chistes y haciéndonos bromas. En cuanto llegamos a los temporales, armamos una pequeña mesa y comimos. Ramón nos contaba lo tedioso que había sido organizar la boda, de los pleitos tan grandes que hubo porque su madre quería que se casara en la capital, pero él y Estela querían casarse aquí en Recuerdos, querían unir sus vidas en la tierra que los había visto crecer.

—Yo por eso no me casaré nunca —dijo Rogelio entre risas—, es mucho pleito y no tengo ganas de andar lidiando con ninguna vieja.

—Mira que eso mismo dijo mi primo El Negro y se casó con su vecina al año —recalcó Esteban, abriendo una cerveza—, así que mejor no digas nada.

—Cae más rápido un hablador que un cojo, recuérdalo porque es la mera verdad —dije yo, dándole unas palmadas en la espalda.

—Digan lo que quieran, pero prefiero venir todos los días a la labor a arrear vacas, hacer surcos y trasquilar ovejas, antes que estar llevando a mi esposa a los bailes —remató Rogelio.

Ramón sólo se rió y no dijo nada más.

*

Aún no se había puesto el sol así que buscamos leña para hacer una fogata y calentar lo que habíamos llevado para la cena. A Esteban se le ocurrió matar un par de ardillones y Rogelio se fue a buscar agua a la pila. Ramón y yo nos quedamos cortando unos leños, escuchando la calma del campo. Le platicué que había estado saliendo con María Chaires, la hija del dueño de la tienda. Me parecía bonita y de buenos modos, pero no creía que pudiera casarme con ella.

—Es mejor que no te metas mucho con ella, ya he escuchado que no es de fiar —me dijo con tranquilidad.

—¿Quién lo dice? —pregunté curioso.

—Todos los que la conocen, ya sabes que aquí nadie guarda ningún secreto, les encanta el chisme y después de un rato, aunque no lo quieras, los chismes te llegan y no los puedes ignorar.

—Pueblo chico...

—...infierno grande —terminó la oración—. Y es la mera verdad, por eso me iré en cuanto me case, me gusta mucho estar aquí, pero la gente habla de más y quiero tener un mejor trabajo.

— ¿Ya se lo platicaste a mi hermana?

—Sí, y está de acuerdo conmigo. Ella quiere

estudiar, ser enfermera, y aquí eso no se va a poder. Me gustaría ayudarla a realizarse, por eso nos vamos a casar.

Me sorprendió mucho escuchar aquello y no pude contener mi sorpresa. Ramón se rió y me dijo:

—No pongas esa cara, sí la quiero, pero sé que su padre no la deja estudiar, no lo cree necesario. Todavía cree que la mujer debe quedarse en su casa y no hacer otra cosa que atender al marido y tener hijos, pero yo no lo creo. Estela será buena enfermera y yo le voy a ayudar, por eso le pedí que se casara conmigo, y aceptó de inmediato cuando le dije que le ayudaría con el estudio, sólo espero que tu padre no se enoje cuando se entere.

—Ya para ese entonces no te podrá decir nada, Estela será tu mujer y su palabra ya no va a contar.

Ramón me sonrió y agradeció mi apoyo, no quiso contradecirlo, aunque yo no tuviera los mismos pensamientos que él, aceptaba que quisiera ayudar a mi hermana con sus estudios. Pues era verdad, mi padre no nos dejó seguir estudiando porque el verdadero estudio se aprendía en el trabajo de campo, según él. Toda nuestra vida sería así y no teníamos que buscar otras cosas. Recuerdo que mi hermana se entristeció cuando terminó la secundaria y mi padre no la quiso mandar a la capital a seguir

estudiando, pero no dijo nada, nos habían enseñado a no contradecir nunca la palabra de nuestros padres.

Esteban y Rogelio llegaron media hora después, con dos litros de agua y tres ardillones para cenar. Sacamos un poco de arroz y frijoles, preparamos los ardillones como nuestros padres nos habían enseñado, y con unas cuantas cervezas dio comienzo la despedida de soltero de Ramón. A ellos no les contó sus planes, sólo se limitó a contestar las bromas que le hacían y a fingir aceptar los consejos que le daban para su noche de bodas. Yo me reía de sus caras, de sus chistes y disfrutaba aquel momento como si nunca nos hubiéramos reunido.

*

La cena se prolongó hasta la madrugada y por la mañana todavía nos sentíamos algo indispuestos para regresar a nuestras casas, pero aun así lo hicimos. Recogimos nuestras cosas y emprendimos rumbo hacia el pueblo. Íbamos a medio camino cuando Ramón se dio cuenta de que no llevaba su cartera, nos burlamos de él y entre risas nos dijo que al rato nos alcanzaba.

Verlo regresarse solo a la labor me llenó de tristeza y hasta un escalofrío me dio.

*

Llegué a mi casa justo para comer y vi cómo mi hermana cantaba de emoción porque el vestido de novia que se había mandado a hacer ya había llegado. La abracé y le dije que tendría una vida muy feliz al lado de Ramón, ella sólo sonrió y se fue a su cuarto.

Por la noche, mientras terminaba de cenar, llegó Rogelio a caballo, me extrañé de la agitación en la que venía y salí a recibirlo.

—Ramón no ha regresado de los temporales, no sabemos dónde está. —Fue lo único que alcanzó a decir entre las respiraciones que daba para calmar su agitación.

Escuché a mi hermana ahogar un grito, y antes de que mi padre me ordenara hacer algo, ya me había montado en el caballo para salir a buscarlo.

Íbamos Rogelio, Esteban, un par de vecinos, el padre de Ramón y yo. Nos dispersamos por la labor cuidando de ver por dónde íbamos, ya que era de noche y no teníamos más luz que unas cuantas lámparas. Todos esperábamos verlo herido o cuidando de algún animal, pero lo que encontramos fue peor.

Por esos caminos había un barranco y al fondo estaba el cuerpo inmóvil de Ramón, junto a su caballo, que relinchaba herido. La impresión del momento pasó y tuvimos que bajar por el cuerpo.

Mientras el padre de Ramón lloraba, lo único que pude pensar fue en los sueños de mi hermana, que también se habían caído al barranco.

Cuando era niño me gustaba salir de noche a la plaza y asustar a las parejitas que se escondían detrás de los columpios, me gustaba andar a caballo y salir corriendo por todo el camino hacia el panteón para dejarle una flor a mi padrino Luis. No le tenía miedo a nada, mi madre siempre decía que temía por mi vida cada vez que salía por la puerta y mi padre se reía de mis travesuras después de haberme dado algún cintarazo.

Eso era infancia, Recuerdos es infancia para mí, son canciones, son amigos y trabajo bien hecho, como bien me decía mi padre. Mis hijos no me creían cuando les decía que mi abuelo fue amigo de don Filemón Barrio “El caporal”, el mismísimo compositor de la canción “500 novillos”; no creían que escapé por un pelito de ser aplastado por un caballo cuando reparó y me tiró al suelo, tampoco me creían cuando les contaba de la primera vez que el miedo y el desconcierto se apoderaron de mí y me dejaron congelado a medio camino de vuelta del trabajo cuando era joven...

Tenía veinte años recién cumplidos, era viernes y hacía un sol tremendo, me puse el sombrero y me fui hacia las labores a trabajar con mi tío Cecilio. A medio camino vi una sombra de reojo, pero no le tomé importancia, bien sabía yo que a esa hora había más

gente trabajando por esos lugares. Llegué con mi tío y juntos nos pusimos a arar la tierra. Duramos toda la mañana y parte de la tarde haciendo surcos, para después arrear las vacas. Comí junto a un arroyo que estaba antes de llegar a los temporales mientras mi tío iba a hacer una última revisión a los becerros. Me avisó que tendría que regresarme a pie a la casa porque había prometido llevar los caballos con su compadre Fernando.

Ya se estaba poniendo el sol cuando emprendí el camino hacia mi hogar, iba con la vista baja pensando en lo que habría hecho mi madre de comer, cuando volví a ver una sombra, pero ahora frente a mí. Logré distinguir un poco la silueta de una persona, seguí caminando con la esperanza de que el hombre que iba al frente pudiera darme un aventón hasta mi casa, pero el hombre no venía hacia mí, sino que se alejaba. Decidí entonces gritarle para preguntarle y no obtuve respuesta. Volví a intentar por si acaso el hombre no me había escuchado, pero nuevamente no me contestó.

Desistí de llamar su atención y seguí caminando, siguiendo los pasos de aquel hombre. Me estaba empezando a cansar y todavía me quedaba un buen tramo por recorrer, se estaba haciendo de noche y no veía otra gente que aquel hombre y yo. Escuché entonces una rama crujir a mi lado derecho y volteé

para ver a una liebre correr entre los mezquites, pero algo estaba mal, el hombre que iba frente a mí ahora estaba ahí, en el mismo lugar donde había estado la liebre. Volteé de nuevo hacia delante y lo vi exactamente donde había estado antes.

Entonces me di cuenta de algo, algo que me heló el alma: a donde quiera que volteara, el hombre me seguía. De pronto estaba frente a mí, a un lado o atrás, su sombra se aparecía en todos lados con una velocidad impresionante, ni siquiera lo escuchaba moverse, hasta parecía que volaba de lado a lado sólo en torno a mí. Fue cuando me di cuenta dónde estaba.

La puerta de hierro era bien conocida por la leyenda del hombre sin cabeza, el fantasma de un hombre que se aparecía en las noches, a quien tiempo atrás le habían cortado la cabeza por pura malicia y que ahora buscaba venganza con todos los que pasaban por la puerta de hierro a cierta hora de la noche.

Mi abuelo me recomendó muchas veces no pasar por la puerta de hierro cuando el sol ya no estaba en alto. Decía que no quería que nuestra familia cargara con la maldición de los Montalván, pero mi padre siempre se burló y me decía que no había que tener miedo a los muertos, sino a los vivos, pues eran las verdaderas bestias.

Claro que en ese momento no había más hombre vivo que yo.

La sombra seguía moviéndose hacia cualquier lado al que volteara, sin hacer ruido, sin mover ninguna extremidad, si es que las tenía, sólo se deslizaba de lado a lado, de arriba a abajo.

Comencé entonces a gritarle, preguntarle qué quería de mí, pero no contestó a nada.

Me quedé buen rato de pie junto a la puerta de hierro, esperando que la sombra, espíritu o lo que fuera aquella cosa, hiciera algún movimiento hacia mí. Pero no hacía nada más que rodearme.

Entonces me decidí y me eché a correr. Desesperado por alejarme de aquel ser, no fijé algún destino, sólo corrí. Para mí desagrado, ese ser me seguía, se deslizaba alrededor mío a cierta distancia sin acercarse o hacer otro movimiento. Estaba asustado, desesperado y no supe qué otra cosa hacer más que detenerme y echarme al suelo a llorar de miedo. Perturbado, me quité el sombrero con rabia y le grité a la sombra que me matara o me dejara ir, pero que hiciera algo más que seguirme.

Cuando volteé, la sombra ya no estaba.

Miré en todas direcciones, pero ya había desaparecido. Me levanté y busqué alguna señal de aquel ser, pero estaba solo. Un poco más aliviado, tomé mi

sombrero del suelo y me puse a andar otra vez, ahora de regreso a mi casa, con el temor de volver a ver aquella sombra rondando cerca de mí.

Contento por haber sobrevivido al espíritu de la puerta de hierro, me puse el sombrero y empecé a cantar por la bajo, cuando de reojo vi de nuevo la sombra, ahí estaba a un lado mío, sólo a un lado. Se me heló la sangre un momento, pero luego noté algo extraño: ahora sólo podía ver de reojo a la sombra, a donde quiera que volteara, parecía como si se escondiera.

Decidí ahora hacer algo, no podía llegar a mi casa con un espíritu siguiendo mis pasos, así que comencé a caminar hacia donde estaba, pero cada paso que daba yo, la sombra se alejaba. Me detuve y la sombra también se detuvo. Me hice hacia atrás y la sombra venía hacia mí.

Entonces fijé mi vista en la sombra y noté algo que no había percibido por mi miedo: era una sombra un poco redonda a la que le salía hacia arriba una especie de hilo.

Desconcertado, estiré la mano por puro instinto para ver si así sucedía algo y me di cuenta de todo.

Lo que creí era un espíritu siguiendo mis pasos, no era más que el pitillo del sombrero que ahora descansaba en mi mano. Esa pequeña bolita que se usa para sostenerte el sombrero a la cabeza. Fue cuando me reí, y me reí tanto y durante mucho tiempo que mis costillas comenzaron a dolerme.

*Pero la sombra siguió sus pasos
hasta el día que falleció.
Siempre le echó la culpa al sombrero.*

Nunca entendió su mala fortuna.

El pozo

La madre de Mayo Parsimonia había salido por un poco de agua al pozo. Mayo estaba sola en la casa pequeña de adobe que se había construido ahí para cuando se les hacía tarde en los trabajos de la labor. Era ya muy tarde. Mayo miraba por la ventana intentando imaginar qué había más allá de toda esa negrura que obstaculizaba el paisaje. Esa noche no había luna y era muy difícil ver en pleno llano.

Le había dicho a su mamá que tuviera especial cuidado, pues el pozo estaba algo lejos de la casa y recientemente lo habían arreglado por unos cuantos desperfectos que podrían causar serios accidentes.

Pensaba Mayo que su mamá era muy valiente por salir en plena noche a buscar agua, ella no podría, era miedosa y apenas empezaba a trabajar en la labor. Había pedido, casi llorando, que la dejarán ir, aun y cuando rozaba los siete años y no podía realizar ni la mitad de los trabajos que sus padres y sus hermanos mayores hacían. Había querido ir porque escuchaba a sus hermanas platicar de lo bonito que se veía el cielo en la noche: *Bien llenote de estrellas*, le había contado Cata cuando Mayo le preguntó.

Hoy volteaba al cielo y sí, estaba llenote de estrellas.

Mayo estaba fascinada por la labor, de lo verde que estaba todo y de los curiosos animales que se había topado en cada ramita por la que pasaba. Su mamá atentamente le platicaba cómo se llamaban y qué hacían, también le contaba algunos cuentos para entretenerla y que no quisiera salir corriendo a montarse en el caballo.

La labor era muy bonita de noche, Mayo estaba segura de que iba a venir cada vez que pudiera.

Escuchó cerca de la puerta unas cuantas ramas romperse y se volteó sonriendo esperando que su mamá entrara por la puerta. No entró, en lugar de eso siguió escuchando pasos fuera de la casa y el corazón le brincó. ¿Y si era un coyote el que estaba afuera? ¿Cómo iba a entrar su mamá? ¿Con qué lo iban a ahuyentar si estaban solas y su papá no les había dejado la escopeta?

Empezó a tener miedo, a imaginarse escenarios donde ella y su mamá tenían que pelear con animales para mantenerse con vida. El sonido de pisadas se detuvo, acto seguido se escuchó que alguien gritaba “Mamá”. Mayo se volvió piedra, ¿había un niño afuera? ¿Estaría perdido? Nuevamente gritaban, alguien buscaba a su mamá. Mayo se bajó de la ventana y se acercó a la puerta, despacio, no quería hacer ruido y espantar, o llamar, a la persona que

estuviera afuera. Escuchó de nuevo al niño llamando a su mamá, pero su voz era extraña y no parecía del todo humana. Ese pensamiento la aterró, si no era un humano, entonces ¿qué era?

Comenzó a sentir la necesidad de salir corriendo, pero recordó que su mamá todavía estaba afuera y tenía que esperarla. Pero, ¿cómo iba a entrar a la casa si había alguien afuera llamándola? ¿La llamaría a ella? ¿Era alguien buscando a su mamá? ¿Era algo buscando a su mamá? Estaba muy asustada, no sabía qué hacer, no sabía a dónde ir. Los ojos se le llenaron de lágrimas, agachó la cabeza y empezó a recitar las palabras que su mamá le había enseñado para cuando tuviera miedo:

—Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre...

No se escuchó nada más.

Mayo pensó que había espantado a lo que sea que haya estado afuera, así que se dispuso a tomar un pan para apaciguar el hambre en lo que llegaba su mamá.

—Mayo...

Alguien hablaba desde afuera. Mayo se quedó quieta.

—Mayo, el pozo.

Se giró lentamente y observó con terror un gato blanco sentado en la ventana. La veía.

¿El gato había hablado?

—Mayo —dijo el gato—, el pozo, mamá.

El gato saltó y se perdió en la oscuridad.

Mayo se movió hacia la puerta. Tenía que ir con su mamá.

Antes de girar la perilla se detuvo. Tenía miedo. Estaba sola. No sabía si aquel gato era realmente un gato. ¿Debía salir? ¿Debía hacerle caso? ¿Y si la quería engañar?

—Mamá. —Escuchó nuevamente.

Sin pensarlo, abrió la puerta y corrió como jamás había corrido. Se dejó guiar por los recuerdos para encontrar entre la oscuridad el camino que la llevara al pozo.

Derecho. Izquierda. Derecho hasta el tronco. Derecha. Hasta topar con el pozo.

Entre la oscuridad notó a su madre. Su cuerpo estaba tendido bajo la escalera que usaban para sacar el agua. Estaba partida a la mitad.

Mayo se acercó e intentó despertarla.

—Mamá, mamá, ¿estás bien?

Al no recibir respuesta, comenzó a asustarse nuevamente. Entonces sintió algo rozándole la pierna.

Era el gato blanco. Mayo brincó del susto y lo observó. Sólo podía distinguir sus ojos verdes brillando.

—No tengas miedo y corre, que vienen por ella.
El gato saltó sobre Mayo, y esta, entre manotazos, lo espantó para que se alejara.

—Corre, Mayo. Ya vienen. Vámonos.

Y salió corriendo.

Algo le decía a Mayo que tenía que seguir al animal, algo dentro de ella sabía que no podía hacer nada por su mamá. Así que se levantó y corrió.

*

—¿Estaba sola? ¿Qué no se había llevado a la niña?

—Sí, pero nadie sabe dónde está. Sólo encontraron el cuerpo de Amalia. La pobre debió haberse caído y se dio un buen catorrazo con alguna piedra. Estaba medio viva cuando llegaron estos y le terminaron de dar...

—Y los cabrones estos, ¿llegaron después?

—Sí, iban con orden de matarla por lo que hizo el menso de su marido, pero pues ya el destino les había ayudado.

—¿Y van a buscar a la niña?

—Sí, la abuela está preocupadísima, dice que su nieta es muy miedosa, que no sabe andar sola. Pobre niña, debe andar por ahí en los temporales.

—Qué triste. Ojalá no haya visto cómo descar-garon sobre su madre tanto balazo.

*

Mi pueblo es hermoso. Desde aquí, mi casa, hasta allá, el cerro aquel que se ve bonito. Yo no sé quién dice que la vida en el campo no es bella. Todos los días me levanto y me enamoro más de este pueblo.

¿Será que es porque tengo puros buenos recuerdos?

A mí nunca me pasó algo malo, aquí pura felicidad.

Yo me la paso riendo. Me dicen que algún día alguien me va a hacer ojos por sonreír tanto. Pero puras supersticiones, a mí me gusta sonreír, y quien no me quiera ver, pues ni modo, que se voltee.

Mi pueblo es hermoso.

Al menos la parte que recuerdo.

Sé que debe haber malas memorias, pero, ¿para qué las platicamos?

Aquí es mejor olvidar.

Curioso, ¿no?

Ana, manitas de harina

Ana sabía exactamente qué echar en la cazuela para hacer tortillas de harina. Había revisado ya todos los estantes y sólo le faltaba sal. Su mamá había olvidado comprarla, así que no le quedó más remedio que ir a la tienda por ella.

Se acomodó el vestido, bajó de la silla donde estaba parada para hacer las tortillas y se encaminó a donde sus hermanitos jugaban con las canicas.

—Voy a la tienda rápido, no se vayan a mover de ahí —ordenó Ana.

Sus hermanitos voltearon a verla y rieron por lo bajo.

—¿Vas a ir así a la tienda? —preguntó uno de ellos mientras la apuntaba con el dedo.

Ana se miró el vestido. Lo tenía lleno de harina.

—No importa, todos saben que hago tortillas.

Después de cerrar bien la puerta con llave, comenzó su camino. Pasó por casa de doña Josefina, quien la saludó agitando la mano; luego llegó con doña Sofía, que siempre le daba algunas verduras antes de que se hicieran malas.

Al llegar a la tienda la atendió María Parsimonia. Ella siempre era amable, por eso le gustaba visitar la tienda cuando ella estaba atendiendo.

—¿Qué te voy a dar ahora, Ana? —preguntó María sonriendo.

—Sólo sal, es lo único que me falta.

—Muy bien, te paso una bolsita y se la anoto a tu mamá. —María colocó en una bolsa de papel la pequeña bolsita de sol.

Le pasó la bolsa a Ana, quien dio las gracias y se disponía a salir de la tienda cuando entró Francisco Pinto.

—¿Qué pasó, Ana? ¿Solita otra vez? —preguntó al ver que la niña se disponía a salir.

—Sí, mi mamá todavía no ha llegado, pero ya voy a mi casa —contestó con pena.

—¿Qué vamos a hacer con tu madre? —Francisco abrió la puerta y dejó que Ana saliera.

Cuando Ana iba algo lejos, Francisco se volteó con María y suspiró.

—¿Cuándo le van a decir a esa niña que su mamá no va a volver?

—¿Tendrías el corazón para hacerlo? —preguntó María, cruzándose de brazo—. No podemos hacer nada hasta que su padre se digne a hacerse cargo de ellos.

Francisco suspiró nuevamente.

*

Las tortillas de harina estaban listas. Ana servía frijoles en los platos y les dejaba caer unos cuantos trozos de queso.

A veces se imaginaba que servía platillos exóticos, que utilizaba ingredientes traídos de otras partes del mundo para darle un sabor diferente a cada comida.

—¿Hoy qué vamos a comer? —preguntó Efrén, su hermanito menor.

—Es “Caos quesuno”, con queso traído desde la misma Japón. Y está acompañado por un vaso de leche de unicornio —contestó Ana, pasándoles los vasos con leche que había ordeñado hace unas horas.

—¿En serio? ¿Y de dónde salió el unicornio? —Edgar, su hermano de en medio, la cuestionó mientras pellizcaba los grumos que había en la leche.

—No se los puedo decir, porque si no el unicornio ya no vendrá para darnos leche.

Sus hermanitos sonrieron y comenzaron a comer. María apenas había alcanzado a embarrarle una cucharada de frijoles a una tortilla, pero se imaginó que era un burrito de carne con chile y le supo delicioso.

*

Ana había notado que sus vecinos la veían con lástima, pero trataba de ignorarlos, sabía que si sus hermanitos la veían triste ya no iban a querer estar ahí, con ella, y no quería que se fueran.

Primero había sido su padre, que de un día para otro los había abandonado. Luego su madre, que poco a poco fue desapareciendo un fin de semana, luego otros, y al final había terminado por no aparecer más por la casa.

Ana tenía miedo de que se llevaran a sus hermanitos. Ella acababa de cumplir diez años, pero había hecho todo lo posible por darles una buena vida a sus hermanitos, para que la gente en el pueblo viera que no les hacía falta nada.

*

—¿Y ahora qué vamos a comer? —preguntó Efrén una mañana—. Tengo mucha hambre, podría comerme una vaca completa.

—Hoy vamos a comer burritos de algas marinas de la Antártida —contestó Ana, sirviendo los burritos de acelgas.

—Órale, ¿desde la Antártida? —se sorprendió Edgar.

—Claro, aquí sólo comemos alimentos que vienen de lejos.

Ana disfrutó ver cómo sus hermanos saboreaban los burritos. Les había mentido con que había comido mientras hacía la comida, la verdad es que prefirió quedarse sin comer a que se dieran cuenta de que ya no tenían comida.

*

Dos días después Ana estaba llorando en el corral de la vaca. Ya no tenía nada para ponerle a las tortillas que hacía cada día. Y no tenía dinero tampoco para comprarle algo a María. Sus hermanitos estaban jugando dentro de la casa, así que no se había dado cuenta de los sollozos de Ana.

Ana ya había pensado en vender a la vaca, así tendría algo de dinero para alimentar a sus hermanos un tiempo, pero aquella vaca había sido el único regalo de su padre, y no quería deshacerse de ella.

Se recargó en la pared y recordó que en la plaza estaban haciendo una pequeña quermés. Se levantó rápido, se acomodó nuevamente el vestido, y fue a la cocina. Esta vez el platillo sería tortilla árabe con raspaduras de diamante. Sus hermanos comieron contentos, aunque no saciaron el hambre.

Por la noche, cuando ya todo el pueblo dormía, Ana se escabulló hasta la plaza y comenzó a hurgar la basura. Se encontró con unos pedazos

de enchiladas, algunos panes de dulce medio mordidos, un par de gorditas de papa casi intactas y, para su sorpresa, un refresco de manzana nuevo junto a un árbol.

*

A la mañana siguiente, Efrén y Edgar se quedaron boquiabiertos con todo el festín que había hecho aparecer Ana. Ese día los tres comieron hasta hartarse.

Ana se preocupó nuevamente en la noche, pues sólo había guardado las gorditas de papa para sus hermanos y ya no tenía nada más.

Salió al patio, nuevamente se sentó en el corral de la vaca y lloró. Estaba empezando a cansarse. Sus manos le dolían de tanto amasar para las tortillas y sentía que la harina ya se le había impregnado en la piel. Lloró con tristeza por la vida que le había tocado y empezó a desear que alguien viniera por ella y por sus hermanos.

Sin darse cuenta, se quedó dormida. La vaca se acurrucó junto a ella para darle calor e igual se durmió, deseando que su pequeña ama consiguiera algo para comer al día siguiente.

*

Cuando Ana despertó, el olor de huevos con jamón la terminó de despabilar. Se levantó tan rápido que asustó a su amiga vacuna, quien sólo mugió y se volvió a acomodar para dormir.

Al entrar a la cocina, en la mesa había tres platos bien servidos de huevos, jamón y frijoles, cada uno acompañado de un rebosante vaso de leche con chocolate.

Ana estaba extrañada, pero feliz. Comenzó a llamar a sus hermanos, quienes también se sorprendieron ante el desayuno tan surtido de ese día. Los tres se sentaron y comenzaron a comer, mientras reían y jugaban. Esa mañana fue la mejor que Ana había pasado en mucho tiempo.

*

Los siguientes días pasó lo mismo. Al despertarse había un desayuno completo esperando a los hermanos en la cocina, por la tarde había una comida con bastante carne y en la noche les esperaban unas piezas de pan con leche en la mesa.

Ana no sabía qué había pasado, qué había dicho o quién estaría cumpliendo semejante milagro, pero lo agradecía de corazón.

Sintió que podía estar tranquila. Ya no tendría que preocuparse nunca más por la comida.

Un par de semanas después de que las comidas aparecieran, ya por la noche, llamó alguien a la puerta. Ana estaba terminando de vestir a sus hermanos para dormir y corrió para alcanzar a quien sea que estuviera afuera.

—Hola, ¿quién es usted? —preguntó Ana, mirando por la puerta entreabierta.

—Me llamó Raquel. Soy quien te ha estado dando la comida. ¿Puedo pasar? —dijo la mujer del otro lado. Iba ataviada en un vestido de satín morado con mangas largas y cuello alto. Llevaba el cabello amarrado en una trenza que le caía por su hombro derecho. Sus ojos parecían saberlo todo, y aunque Ana tuvo miedo, abrió la puerta y la dejó pasar—. Tienes una casita encantadora.

—¿Usted nos trae la comida? ¿Cómo le hace para que no la veamos? —pregunto Ana, cerrando la puerta tras de sí.

—Soy bruja, querida. Puedo hacer muchas cosas sin que me vean —contestó la mujer, sonriendo.

Ana brincó ligeramente de la sorpresa, pero no se alejó. Algo en la mirada de la mujer le decía que no contaba mentiras.

—Entonces, gracias, por alimentarme a mí y a mis hermanos. No sé cómo podré pagarle —dijo al fin Ana, tomando sus manos para evitar que temblaran.

—Sí que puedes pagarme. Necesito a alguien que me ayude con mis trabajos, alguien confiable, y yo creo que tú eres perfecta para eso.

Ana abrió los ojos sorprendida. Se llevó las manos al pecho y dio un paso atrás.

—¿Quiere que me vaya con usted?

La mujer asintió.

—Pero, no puedo, mis hermanos están muy chicos...

—A ellos no les va a pasar nada, de eso me encargo yo, pero si quieres pagarme toda la comida que les he estado dando, es la única forma.

—¿Y qué les va a pasar a ellos?

—Tus hermanos encontrarán su camino, los has educado bien este par de años, cuando no estés, ellos sabrán qué hacer.

Ana miró a la mujer con temor.

—Sólo no quiero que les falte comida.

—No les faltará comida.

Antes de caminar hacia la mujer, Ana se detuvo, giró la vista a los cuartos donde sus hermanos seguramente ya estarían dormidos, y suspiró.

—Bueno, con eso, que no les falte comida, ni tortillas, a ellos les gustan mucho las tortillas de harina.

—Te lo prometo. En su mesa siempre habrá tortillas. —Le extendió la mano y Ana la tomó con seguridad.

*

Cuando se despertaron Edgar y Efrén, corrieron a la cocina para ver qué manjar les estaría esperando en la mesa. Para su sorpresa, encontraron a su madre haciendo el desayuno.

—Buenos días, ¿cómo van a querer sus huevos? —preguntó su madre, tomando dos huevos de una cartera nueva que había junto a la estufa.

—Estrellados —dijo Efrén.

—¡Cocidos! —exclamó Edgar sentándose de un brinco.

Ninguno en la cocina se acordaba de Ana, pero pasados muchos años, ya cuando Edgar y Efrén tenían sus propias familias, se cuestionaban porqué aparecían tortillas de harina en sus estufas al desayunar.

Soledad

La familia Chaires poco a poco iba haciéndose de mala fama. Primero, los hijos del fundador, Antonio Chaires, habían terminado en la cárcel por diversos delitos; luego, unas generaciones después, se supo que varios Chaires engañaban a la gente del pueblo con apuestas falsas y hubo pleitos que terminaron en balazos por esta razón; y para rematar, al final de su vida, Soledad Chaires se quedó completamente sola porque ninguno de sus hijos había querido lidiar con su Alzhéimer.

Alegando que no iban a soportar ver cómo su madre se iba olvidando de ellos, poco a poco se fueron retirando hasta que ninguno vivía ya en Recuerdos. De los cinco hijos que había tenido Soledad, sólo uno, Ezequiel, iba a darle la vuelta una vez por quincena para saber si seguía viva.

Soledad tenía la gran ventaja de ser de los pocos Chaires con el don de la adivinación, y que era este mismo don el que le había estado sirviendo para no olvidar cosas tan sencillas cómo el lugar donde estaban sus lentes.

A pesar de que nunca quiso entrenarse en esas artes, Dolores sabía cómo ver *más allá*, y predecir si sufriría un accidente.

Muchos en Recuerdos la cuidaban de lejos, pensando que, por su vejez, terminaría falleciendo dentro de la casa cuando menos se lo esperaban.

*

Un día, ya entrada la noche, Dolores pretendía acostarse cuando una visión se le presentó.

Iba a morir en dos días.

Ella sabía que ante la muerte no había nada que pudiera hacer. Así que durmió tranquilamente.

*

Por la mañana había olvidado la visión, así que hizo su día como cualquier otro. Desayunó con un café bien cargado, lavó la poca ropa que tenía, alimentó a sus gallinas y regresó a casa a ver televisión.

Por la tarde comió un poco de estofado *que no sé ni de dónde vino*, se fue a tejer un rato y se preparó para hacerse su café y alistar su pan para cenar.

Dolores pretendía acostarse cuando una visión se le presentó.

Iba a morir en un día.

Ella sabía que ante la muerte no había nada que pudiera hacer. Así que durmió, un poco nerviosa.

*

Por la mañana había olvidado la visión, así que hizo su día como cualquier otro. Desayunó con un vaso de leche con azúcar, acomodó la ropa, alimentó a las gallinas y regresó a casa para preparar la comida.

Por la tarde llegó Ezequiel, comió tranquilamente con su madre, un poco de albóndigas *que no sé ni de dónde vinieron*, platicó un rato con su hijo, y antes de que este se fuera le dijo:

—Siento que me queda poco tiempo.

—¿Por qué dice eso amá? No ande espantando.

—No sé, sólo lo siento.

Besó a su hijo y le dio la bendición.

Cenó una pieza de pan y un poco de leche. Aunque estaba algo agria, el dulce del pan hizo la cena más llevadera.

Dolores pretendía acostarse cuando una visión se le presentó.

Iba a morir mañana.

Ella sabía que ante la muerte no había nada que pudiera hacer. Así que durmió.

*

Al día siguiente, en cuanto abrió los ojos, vio que sus cinco hijos estaban en el cuarto.

—Ya me voy a morir, ¿verdad? Por eso están todos aquí. ¿De qué me sirve ver el futuro si no me avisa nunca nada? —lloró Dolores.

*

Tuve que irme. Dejé todo ahí tirado. Me da mucha rabia.

Ellos llegaron, se sienten dioses, los muy cabrones. Piensan que porque traen sus armas ya pueden hacer lo que se les dé la gana.

Tuve que irme. Salí corriendo en cuanto los vi entrando a la labor en su trocota. Sabía que venían por mí. No les gustó lo que anduve diciendo, pero es que era pura verdad.

Son sólo gente sin oficio. Deberían ponerse a trabajar en lugar de andarle quitando sus esfuerzos a la gente que sí trabajamos.

*Y pues es cierto, pero no les gustan las verdades.
Así que me fui.*

Bien lejos.

Recuerdos se me desapareció. De verdad tuve que irme. No sé qué le hubieran hecho a mi esposa y a mis hijos si no me hubiera pelado.

Desaparecí.

Como si el mismo viento se hubiera encargado de borrar mis huellas. Ellos nunca sabrán dónde estoy. Nadie, de hecho, nadie jamás lo va a saber.

Y qué tristeza dejarlo todo por unos morritos que andan con sus armas, creyéndose dioses.

La escopeta

—Dícales a mis hijos que no es su culpa, que no se vayan a sentir culpables —dijo Natividad

El policía lo miró con extrañeza del otro lado de su escritorio.

—Como quiera don Natividad. Firme aquí y lo veo la semana que entra en el juicio.

Natividad firmó la hoja que terminaba de hundirlo. Le entregó la pluma al policía y salió de la estación con la cabeza baja.

¿Cómo había confiado tan ciegamente? ¿Cómo se había dejado manipular tanto? Ahora su familia estaría tachada de ratera siempre y eso le dolía mucho.

Iba caminando a su casa y sentía sobre él las miradas, esas que sólo juzgan, y por lo bajo escuchaba los murmullos. Sentía que algo dentro de él se había quebrado.

Su padre siempre fue un hombre de honor, de palabra, alguien en quien se podía confiar ciegamente, y nunca nadie dudó sobre él. Ahora le apenaba sobremanera que nadie en el pueblo confiaría en él nuevamente.

Llegando a su casa encontró a su nuera, Mariana, con el bebé en brazos, esperándolo con preocupación.

—¿Qué le dijeron en la comandancia, don Natividad? ¿Se va a poder hacer algo?

—No, hija, a mí ya me torcieron. El pelado aquel llevó supuestos testigos de que yo tomé el dinero. Sólo me queda ir a enfrentar la condena que me van a dar.

Mariana suspiró con molestia. El bebé se removía en sus brazos al sentir que el ambiente se tornaba inquietante.

—Verá que vamos a hacer algo, don Natividad. Todos en este pueblo saben cómo es usted, todo se va a arreglar.

Natividad sonrió a su nuera y a su nieto.

—Gracias, hija, pero de todos modos, ahora que se vayan a la Capital, no se regresen, pase lo pase. ¿Estamos?

Mariana asintió extrañada.

Natividad se encaminó a su cuarto y cerró la puerta. En ese momento llegaba Carlos, se veía en su rostro la molestia. Mariana se hizo a un lado para dejar pasar el torbellino que era su marino. El bebe nuevamente se agitó en los brazos de su madre.

—Ya sé quién fue el hijo de su maíz que armó todo el circo para inculpar a mi papá por el robo del dinero. Lo escuché de Meche, la señora de las flores.

Carlos caminaba por toda la sala, sus pasos retumbaban en las paredes por el enojo contenido. Mariana dejó rápidamente a su hijo en una pequeña cuna junto a la estufa y se dirigió a su marido.

—¿Quién fue?, ¿Ernesto Pinto?

—¿Cómo lo sabes?

—Yo te dije que ese señor le tenía mucha envidia a tu papá. Creo que era cuestión de tiempo que hiciera algo así. Aunque no pensé que fuera tan grave.

El bebe comenzó a respingar por estar alejado de su madre, Carlos se acercó a él y le tomó una de sus manitas.

—¿Ya está mejor? ¿Qué te dijo el doctor? —preguntó, sin levantar la vista de su hijo.

—Sí, ya está mejor, pero de todos modos tenemos que ir por sus pastillas, no quiero pasar otra noche en vela y verlo sufrir sin hacer nada —dijo Mariana, tomando a su esposo del brazo.

Carlos asintió, se giró a ver a su esposa y le dio un beso en la frente.

—Antes de irnos voy a ver a mi papá.

*

Cuando Carlos entró al cuarto encontró a su padre sentado a la orilla de la cama. Se le veía abatido, todo en él gritaba tristeza y desilusión. Sintió más coraje aún, pero se serenó y se sentó junto a su padre.

Al principio ninguno de los dos dijo nada, hasta que su padre se levantó y caminó hacia la ventana.

—¿A qué hora se van?

Carlos se levantó también.

—Ya en un rato. Sólo venía a ver cómo estaba y si necesitaba algo de la Capital.

—No, yo estoy bien. Váyanse, antes de que se les haga más tarde.

—¿Qué le dijeron en la estación?

Natividad suspiró. Se giró para ver a su hijo, y por un momento sintió que había viajado en el tiempo.

*

—¿Qué le dijeron en la escuela? ¿Si me puedo integrar, aunque ya vayan avanzados? —preguntó el pequeño Carlos con emoción.

—Si, hijo —contestó Natividad con fastidio, su hijo llevaba toda la mañana detrás de él con la misma pregunta—, ya te dije que hablé con el profe Roberto y dijo que no había problema. Sólo te va a encargar tareas extra para que te pongas al corriente pronto.

—¡Eso es todo! —gritó Carlos con emoción, y salió corriendo a la cocina.

Natividad alcanzaba a escuchar cómo Carlos le daba, otra vez, las buenas nuevas a su mamá. Sonrió hacia la puerta y se giró al espejo.

*

—Pues la próxima semana me dicen cuánto tiempo voy a estar en la cárcel —contestó Natividad, bajando los hombros y ocultando el rostro con sus manos.

—No, pero usted es inocente, le jugaron una trampa. —Carlos se acercó nuevamente a su padre. La sangre le empezaba a hervir—. No se preocupe, yo sé con quién ir para sacarlo de este problema.

—No te estreses de más, mijo, ya no hay nada que me vaya a quitar la mancha de ratero que se encargaron de ponerme sin que me diera cuenta. El que me encierren hasta sería mejor, así no les doy vergüenza a ustedes.

—Pero si usted no nos avergüenza, vergüenza debería darle al poco hombre aquel por haberle enjaretado tal problema después de que usted dejó todo por ayudarlo. —La rabia en los ojos de Carlos comenzaba a salirse—. Es que no es posible que usted tenga que estar pasando por esto y aquel sinvergüenza muy a gusto de viaje.

Natividad suspiró y el tiempo volvió a retroceder

—Papá, ¿cómo se hace el dinero? —preguntó Carlos de manera inocente.

—Ufas, pues yo sé que allá en la gran ciudad tienen máquinas grandotas y lo imprimen en un papel especial para que nadie pueda imprimirlo como si nada.

Carlos se rascó la cabeza.

—Iván dice que a veces sale dinero del suelo, pero que hay que buscarlo por mucho tiempo, que lo dejó un tal Pancho Villa alguna vez.

Natividad rió. Recogió su caña de pescar y se levantó de la roca donde estaba.

—Eso dicen, pero yo no creo que hayan dejado dinero enterrado.

—Iván dice que su abuelo encontró uno.

—¿Y dónde está?

—No sé, ya no me quiso decir.

—Mira, mijo, hay gente que a veces quiere confundirnos, usted no les crea nunca a menos que pueda cerciorarse de las cosas. Siempre primero cerciórese.

Carlos asintió. Se levantó y siguió a su padre, que comenzaba a levantar el pequeño campamento que habían armado para el día de pesca.

*

—Ya mañana veremos qué sucede, váyanse en paz, yo ya no necesito nada.

—¿Está seguro? —Natividad asintió—. Bueno, igual le voy a traer una de esas soditas que le gustan, al menos para que se refresque, que el calorón está con ganas. —César se hizo aire con una mano, mientras que la otra le daba una palmada a su padre.

Natividad le sonrió en agradecimiento y lo vio salir del cuarto.

Una tristeza profunda le inundó el alma.

*

Afuera, Carlos y Mariana ya estaban alistando todo para irse a la capital. Comprarían las medicinas del bebé, y como ya era tarde, pasarían la noche en casa de la hermana de Mariana, para salir a primera hora al día siguiente y regresar a Recuerdos.

César estaba inquieto, no quería dejar a su padre solo, sentía que necesitaba todo el apoyo posible. Mariana le daba la razón, pues desde que se dio a conocer el supuesto robo del dinero, el semblante de su padre había cambiado totalmente. Del señor alegre no quedaba nada, sólo era un fantasma que vagaba por el pueblo, por la casa, dejando tristeza a su paso. Eso le dolía mucho a Carlos, pues sabía que su padre estaba sufriendo.

Antes de echar a andar la troca se acercó Patricia, la vecina.

—¿Se van ya a la capital? —preguntó en la ventana de Carlos.

—Sí, ¿se le ofrece algo? Vamos a estar allá todavía hasta mañana temprano —contestó Carlos.

—Sí, fíjese que me anda haciendo falta...

El estruendo.

Un disparo.

Carlos, Mariana y Patricia se estremecieron. Giraron su vista rápidamente a la casa, de ahí venía el sonido. Carlos bajó rápidamente de la troca y entró a la casa.

Hubiera querido no hacerlo.

Su padre, su querido padre, yacía tirado en el suelo de su cuarto.

Había sangre, mucha sangre.

Y una escopeta amarrada a la silla justo frente al cuerpo.

El grito de Carlos hizo que Mariana y Patricia se detuvieran en la entrada de la casa. No había que asomarse a ver nada.

*

—¿Qué le va a pasar al abuelo allá abajo? —preguntó Carlos en cuanto llegaron a casa después del funeral.

Natividad suspiró, se puso a la misma altura que su pequeño hijo y le habló con firmeza.

—Tu abuelo ha muerto. Lo mataron los de arriba por no obedecer sus absurdas reglas. Él ya se fue. Pero nosotros estamos aquí y vamos a seguir peleando en su nombre.

—¿Qué vamos a pelear?

—El honor. Ese no nos lo puede quitar.

Natividad se levantó, acarició la cabeza de su hijo y se metió a su cuarto.

*

*Aquí no se entierran cuerpos,
se entierran recuerdos.*

*Aquí la muerte se va siempre
con las manos vacías,
porque nadie muere,
aquí todos
nos recuerdan.*

Apocalipsis

DOS TROCAS QUEMADAS EN CONOCIDO PUEBLO GENERA CAOS.

El día de ayer se reportó que dos camionetas fueron incendiadas en la plaza de Recuerdos, conocido y pintoresco pueblo del estado.

Los hechos ocurrieron durante la madrugada, cuando testigos aseguran que un par de sombras se acercaron con antorchas a prenderle fuego a las camionetas. Se desconoce la identidad de estas “sombras”, pues los testigos se encuentran temerosos de ser visitados por ellas.

Este hecho se suma a la ola de violencia que ha atacado al pueblo desde el año pasado.

*

Antonia Pinto desapareció de la puerta de su casa en la noche, cuando iba llegando del baile. Era una muchacha guapa, de veinte años, con el cabello hasta la cintura y unos ojos verdes preciosos.

Muchos se tragaron el cuento de que se había fugado con el jefe de todo el caos que se vivía en el pueblo, pero su madre, Laura Pinto, sabía que no era verdad, que su hija nunca hubiera escapado de casa sin decir nada.

Así que la buscó noche y día por los alrededores de Recuerdos.

Se detenía a rezar en cada lugar donde decían haberla visto para pedirle al Señor que la guiara hasta ella.

Hubo quienes intentaron disuadirla de buscar a su hija, le decían que la siguiente sería ella, pero no le importó, y siguió la búsqueda hasta que, pasados seis meses, los restos de una mujer fueron encontrados junto a un arroyo, a una hora de Recuerdos.

Laura supo que era Antonia desde que le avisaron del cuerpo, pero quiso corroborarlo yendo al lugar. Ahí se acercó lentamente a los restos y pudo notar el collar en forma de A que aún llevaba en el cuello.

El llanto no lo pudo detener hasta meses después, cuando supo que alguien había dado fin al asesino. Ese día lloró tanto de felicidad, que muchos pensaron que se había vuelto loca. Pero reía porque nadie nunca pensaría en que había sido ella quien empuñó el cuchillo que le quitó la vida a Mauricio Ojeda, el asesino de su hija.

*

BALACERA DEJA ONCE HERIDOS Y DOS MUERTOS.

Este fin de semana pasado, durante los festejos del aniversario de Recuerdos, se llevó a cabo un hecho violento que terminó con la vida de dos personas.

Durante el jaripeo se inició una balacera entre grupos contrarios que intentan hacerse con el mando total del pueblo.

Luego de un espectáculo musical, las disputas empezaron y en cuestión de minutos ya se habían sacado las pistolas y se defendían con las mismas.

Los fallecidos responden al nombre de Pedro Montalván y Eduardo Parsimonia, dos amigos que habían llegado de visita al pueblo y que sólo buscaban pasar un buen momento.

*

—¿Y qué pasó? ¿Lo detuvieron?

—No, ande, ahí está en su casa bien tranquilo, como si no hubiera matado a nadie.

—¿Y su familia no le dice nada? Lo vimos todos.

—Claro que no, su familia le va a ocultar todo el numerito que hizo y harán que nadie quiera procesarlo. Recuerda que son una familia influyente.

—Qué coraje. Matas a alguien y te regresas a tu casa a dormir.

—¿Y qué va a pasar con la niña? ¿Quién la va a cuidar?

—El padre, ¿tú crees?

—Ufas, no pues de mal en peor la pobre. Primero ve cómo le matan a la madre y luego la dejan con el golpeador del padre.

—Así funciona hoy en día, ya ves. Bueno, ¿quieres que te dé un poco de caldo de camarón? Hice un poco ahora por el miércoles de ceniza.

—Claro que sí, tus caldos te quedan muy buenos.

*

Yo no le tenía miedo a la mujer de blanco. Todos decían que se aparecía cerca de la medianoche en el cruce que está por casa de mi tío Genaro. Yo me sentía muy valiente. Había cumplido once años, ya me había empezado a encargarme de tareas en el rancho, así que, sin que mi madre se diera cuenta, me salí de la casa y agarré rumbo.

Mi abuela me había dicho que no saliera de casa en la noche, porque las cosas estaban bravas. Yo no entendí a qué se refería, pero supuse que era por la mujer de blanco.

Cuando llegué al cruce todo estaba sereno. La única luz que iluminaba el camino era la farola que había puesto mi tío Genaro hacía algunos años. A lo lejos apenas se escuchaban los grillos. Algún perro. Pero yo no tenía miedo.

Esperé un largo rato y no apareció nada. Me senté en una piedra que estaba ahí y abrí bien los ojos, pero nada.

Decepcionado, estaba pensando en regresar a casa antes de que mi madre se diera cuenta, cuando lo escuché.

Una carcajada. Una mujer.

La piel se me erizó y sentí que el aire se levantaba y me decía, al oído, *corre*.

Me puse de pie, listo para atacar o huir. El miedo quería apoderarse de mí, pero no lo iba a dejar. De ahí tenía que salir con una buena historia para contarle a mis amigos mañana.

Una troca blanca se hizo presente. Frenó en seco justo frente a mí, haciéndome tambalear. Del lado del copiloto iba una mujer, que reía quién sabe de qué. Alcancé a ver al conductor: era Ernestito, hijo del carnicero.

—¿Qué pasó, mi Hugo? ¿Por qué tan solo? — me preguntó, haciendo un lado a su acompañante para verme.

—Vine a cazar fantasmas.

—Ah, mira, qué bien. —Ernestito se acomodó la gorra que llevaba en la cabeza y le dio un trago a la cerveza que llevaba en la mano—. Oye, ¿no te quieres ganar unos cuantos billetes? Mi jefe anda requiriendo a un chavito como tú que le ayude con unos encargos.

Me sorprendí. Justo en la mañana había pensado en buscar algún trabajo pequeño para empezar a ahorrar y poder comprarme la consola que me había gustado.

—¿Y qué tengo que hacer? —pregunté, acercándome a la ventanilla.

—Jálate. Te llevo ahorita y allá el jefe te dice qué onda.

Sin dudarlo, me subí a la cajuela de la troca. Ernestito siempre había sido buena onda conmigo, pese a todo lo malo que se contaba de él. Sentía el aire como queriéndome tirar de la troca mientras Ernestito le daba con todo, pero iba tranquilo. Ya mañana le explicaría a mi mamá porqué me había salido de la casa. Pero estaba feliz. Ninguna mujer de blanco se me había aparecido. Había comprobado que los fantasmas no existían.

*

Iván se había detenido cerca del arroyo. Y a lo lejos alcanzó a verlo: un cuerpo. Al principio se espantó, pero luego algo lo hizo acercarse. ¿Quién sería esta vez?

Cuando le faltaban unos cuantos pasos para llegar, alcanzó a distinguir la falda de flores y el cabello teñido de rubio.

Ángela Chaires había desaparecido hacía un mes. Muchos sospechaban que su novio andaba metido en cosas raras y que había sido su culpa la desaparición de la muchacha.

Iván se tapó la cara y lloró en silencio. Era el tercer cuerpo en lo que iba del mes que dejaban ahí en sus tierras. Creía que se debía a que era la última labor del ejido y casi nadie se quería aventar el tirón de ir hasta allá más que él, que no tenía opción, pues debía alimentar a sus vacas.

Como las veces anteriores, Iván se llevó las manos al pecho, cerró los ojos y comenzó a recitar algo que sólo él entendía.

La tierra comenzó a moverse y lentamente el cuerpo de Ángela Chaires fue absorbido, dejando sólo un pequeño agujero por donde comenzó a crecer una flor.

Iván sabía que si se hacían investigaciones le quitarían sus tierras y no podía permitirlo. Había jurado al señor del campo que cuidaría ese rancho con su vida, para que nadie supiera nunca que ahí la tierra seguía sus órdenes.

*

Un incendio enorme acabó con todo.

Llamaradas de balas, gritos y sangre.

No quedó rastro de nadie ni nada.

Nadie sabe cómo, pero el fuego comenzó justo la noche en la que el pueblo festejaba sus 200 años.

Había empezado justo en la casa abandonada de Isidro Parsimonia. Alguien creyó ver por la ventana cómo corrían los fantasmas para alejarse de las llamas.

Alberto Motalván pudo correr con su familia antes de que la casa fuera alcanzada, pero había sido herido en el camino por una bala perdida que no se sabe quién disparó. Falleció a la salida del pueblo, bajo el letrero que daba la bienvenida.

En la casa de Pedro Pinto no había nadie esa noche, más que un gato, quien no pudo encontrar salida del laberinto en el que se convirtió todo el terreno.

El último recinto que visitó el fuego fue la casa de Esperanza Chaires, quien estaba tan dormida que no sintió más que un cosquilleo cuando las llamas llegaron hasta su habitación. Ella sólo se acomodó en su cama y sonrió.

Lo único que quedó intacto fue el mezquite de la plaza. Ese mezquite, que había dado inicio a una historia, observaba el final de la misma. A su alrededor podías ver la destrucción y la tristeza. El aire se detuvo completamente. Ningún animal se escuchó.

Pasados unos días el árbol comenzó a secarse y terminó por caerse una tarde cuando un dios de botas y sombrero tomó su pistola y disparó tres veces hacía la última persona que se había escondido entre las ruinas.

Todo lo que aquí se contó puede ser real, o no,
ya depende de usted creer
o recordar.

*

El inicio
5 de mayo de 1923

*

29°04'19.7"N 106°15'04.5"W

*

El final
sigue
quemando
las calles.

Índice

GENESIS	17
LA PUERTA DE HIERRO	22
EL PERIQUITO DE ELENA	34
EL EXTRANJERO	46
EL BARRANCO	63
EL POZO	76
ANA, MANITAS DE HARINA	82
SOLEDAD	92
LA ESCOPETA	97
APOCALIPSIS	107



www.pech.icm.gob.mx

Este libro se terminó de imprimir en el año 2024.

Consta de un tiraje de 300 ejemplares.

LITHOMAPCOLOR, S.A. DE C.V.

Mariano Azuela No. 11510,
Complejo Industrial Chihuahua.
Chihuahua, Chih. México
Tel. (614) 481-0155

www.imapcolor.com

PRIMERA EDICIÓN

AÑO 2024

Recuerdos está casi en la orilla de ningún lugar.
Ahí el viento pasa lentamente a las cinco de la tarde.
El calor no se siente y el frío pega con ganas.

Ahí sólo hay unas cuantas memorias,
incluida la mía,
que ya casi no sirve.